

Número 1.º

Febrero 28: 1905

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



NOVA ET VETERA

BOGOTÁ

IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10

MCMV



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR

DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicase bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO — FILOSOFIA—
CIENCIAS — LITERATURA, &C.

Se publica un número de 64 páginas el día último de cada mes, excepto Enero y Diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....	\$ 20 ...
Suscripción por año (adelantada).....	180 ...
Número atrasado.....	30 ...

Para todo lo relativo á la REVISTA, dirigirse al Administrador, Sr. D. CARLOS UCRÓS, Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.

VOL. I

BOGOTÁ COLOMBIA

FEBRERO : 1905

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

A los lectores

EL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, que no es mecanismo que reciba movimiento de causas extrínsecas, sino organismo vivo que posee en sí mismo el origen de su acción, cada día más vigorosa, avanza un nuevo paso con la fundación de esta REVISTA.

Cuando no hay entidad que no tenga órgano que la represente, ¿cómo el claustro de Cristóbal de Torres, cuna del saber en Colombia, hogar intelectual de los fundadores de la República, monumento que ha resistido durante dos siglos y medio todos los cambios, todas las revoluciones del país, no había de tener una revista que fuera manifestación de su espíritu, revelación de sus progresos, guarda de su historia—que en parte se confunde con la historia de la Nación—y vínculo de amor y de concordia entre sus hijos?

A conseguir tan nobles fines se endereza la publicación presente, humilde por ahora y modesta, como que no aspira á circular sino entre los alumnos, los que en otro tiempo lo fueron y no han olvidado aún el *Alma Mater* que los crió á sus pechos y los arrulló en el regazo, y entre los buenos amigos del Colegio.

Publicaremos los actos oficiales que merezcan ser conocidos, importantes para los estudiantes actuales, acaso preciosos documentos para los historiadores futuros. Que ahora cien años se hubiera publicado una revista como la presente, ¡con qué ahinco la hojearíamos ahora, para seguir

Junto con el de la Iglesia, el Colegio del Rosario es foco nunca extinguido de amor á nuestra Patria colombiana, cuanto más infeliz tanto más entrañablemente querida. ¡Cómo no, si nuestro Claustro fue la cuna de la República; si de aquí salieron á fundarla Joaquín Cayzedo y Antonio Villavicencio, Girardot y D'Elhuyart, Maza y Cabal, los mártires todos de Cartagena la Heroica, los Mosqueras y los Caicedos! Aquí enseñó Mutis, de aquí salió la Expedición Botánica, acá nació la Medicina en la Nueva Granada; hijo y catedrático del Rosario fue D. Miguel Tobar, portento de erudición clásica y de sabiduría jurídica. Nuéstros son Ignacio de Herrera y Tomás Tenorio, Andrés Pardo y Antonio Vargas Reyes; los patriotas Obispos Sotomayor, Estévez, Lasso de la Vega; el egregio Arzobispo Caycedo; y, por adopción, el varón sin segundo que se llamó Manuel José Mosquera.

Por lo mismo que en el Colegio se cultiva el amor patrio, por eso del Claustro y de esta REVISTA está desterrada la política batalladora y banderiza, peligrosa para los hombres, veneno para la juventud estudiosa. Tiempo quedará más tarde para odiarnos, suponiendo que sentimiento tan vil y anticristiano se apoderara algún día de nosotros. Hey —¡ojalá siempre sea lo mismo!— en este hogar del espíritu no hay distinciones de provincias, ni se reconocen clases sociales, ni razas, ni opiniones, ni riquezas: todos somos católicos, colombianos, caballeros é hijos del Colegio del Rosario.

En lo tocante al arte, y en especial á la literatura, conforme al espíritu de nuestras Constituciones, á las tradiciones de nuestros mayores, amamos lo clásico, entendiendo por tal lo que con ese nombre designa el Dr. Newman en sus *Esbozos científicos*. No somos discípulos del falso clasicismo francés, de que fueron víctimas los españoles de ahora ciento y más años, y que consiste en el remedo, que no imitación, de los escritores griegos y latinos. Si cantamos la religión, no ensalzaremos á Júpiter tonante sino á Jesucristo Redentor; si el heroísmo y la grandeza de alma, no á Scévola y Catón, sino á Nariño y Ricaurte; si la naturaleza, no la

italiana, sino la de nuestras selvas y montañas. Sin desdeñar, antes bien, admirando lo que hay de hermoso en las flamantes escuelas literarias, somos admiradores del clasicismo á lo Andrés Bello: fresco, americano en el fondo; eterno, latino en la forma.

Nova et vetera es el lema de nuestra REVISTA. Nos apoyamos en la tradición, y avanzamos—ó á lo menos procuramos hacerlo—hacia la perfección absoluta. Esa marcha indefinida en la cual se adelanta siempre, sin llegar jamás á la meta en este mundo, es la vida del cristiano, del patriota; es obedecer en lo posible la palabra de Cristo: *Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto*.

Si nuestra REVISTA perdura, nos quedará la satisfacción de haber hecho el bien; si muriere, como tantas publicaciones útiles en Colombia, tendremos la conciencia de haberlo á lo menos intentado.

NUESTRAS CONSTITUCIONES

Desde el próximo número de esta REVISTA empezaremos á publicar las Constituciones que dio al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario su venerado Fundador D. Fray Cristóbal de Torres, Arzobispo de Santafé de Bogotá (1), se-

(1) Constituciones del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en la Ciudad de Santafé de Bogotá, hechas y ajustadas por su insigne Fundador y Patrono, el Ilustrísimo señor Maestro D. Fr. Christóval de Torres, del Orden de Predicadores; Predicador de las dos Majestades Phelipe tercero y Quarto, y de su Consejo, Arzobispo del Nuevo Reyno de Granada. Sácalas á luz el Doctor Don Christóval de Araque Ponze de León, Rector perpetuo del dicho Colegio.—Con licencia. En Madrid, por Juan Nogué.—Año MDCLXVI.—14 hojas en 4.º, con una sola paginación. Sigue un índice alfabético, no paginado.—Vienen luégo las Constituciones del Colegio de Santiago de Salamanca.—112 páginas.

guidas de las nuevas que dictó la Consiliatura, con aprobación del Presidente de la República.

El Colegio del Rosario no es universidad, ni parte integrante de ella; ni es tampoco lo que llaman en Francia *liceo*, y en Alemania *gimnasio*. Es un *colegio universitario*, como los que viven á la sombra del Instituto de Oxford, sin identificarse con él. El Fundador del Rosario le dio Constituciones, que nuestros mayores reputaban obra maestra de sabiduría, y que la actual generación no conoció por mucho tiempo sino de oídas.

No es culpa de nadie este desconocimiento de las Constituciones; sólo existen de la primitiva edición dos ejemplares: uno en el archivo del Colegio, otro en la Biblioteca Nacional. En época más reciente las reimprimió D. José María Vergara y Vergara (1), pero la edición se agotó, y los ejemplares que restan son ya verdadera curiosidad bibliográfica.

En 1893, al reconocerse por el Congreso y por el Gobierno la autonomía del Colegio, reimprimimos las Constituciones del Fundador, seguidas de las Nuevas que dio la Consiliatura; de una biografía del Sr. Torres, de la lista de los Rectores é hijos ilustres, y de otros documentos importantes (2).

Afirman algunos, acaso con el loable intento de realzar los méritos del Sr. Torres, que las Constituciones del Colegio

(1) *Anales de los establecimientos de educación y beneficencia de Bogotá*, por J. M. Vergara y Vergara.—Bogotá.—Imprenta de *El Mosaico*, 1865.—54 páginas, 8.º mayor. No se publicó sino lo relativo al Colegio del Rosario: un prólogo del editor; la biografía del Fundador, escrita por el Sr. Dr. Juan N. Núñez Conto; la relación de cómo se trasladaron al Colegio los restos mortales del señor Torres; y, por último, las *Constituciones*.

(2) *Constituciones del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, publicadas por D. Rafael María Carrasquilla, Presbítero, Colegial y Rector de dicho Colegio, individuo correspondiente de la Real Academia Española.—Bogotá—Casa editorial de Medardo Rivas & C.—1893—PP. viii+86, en 8.º mayor.

del Rosario son creación de su ingenio, y se maravillan de que un dominicano concibiera tan altos ideales en aquella edad de atraso y de tinieblas. Nuestro preclaro Fundador fue tan grande, que su memoria no ha menester engalanarse con adornos postizos. Organizó él su Colegio sobre el modelo de todos los universitarios de su época. Sus méritos están en haber fundado el Instituto, haberlo dotado ricamente, terminado los edificios; y, por lo tocante á los Estatutos, haber acomodado los del Colegio de Santiago de Salamanca á las necesidades y recursos del Nuevo Reino. No nos maravilla que un fraile español del siglo XVII fuera dechado de ciencia, generosidad y alteza de miras. Lo único que nos asombra es el asombro de los demás, ante un hecho tan natural (1).

No es un Colegio monumento inmóvil destinado á resistir impasible los embates del tiempo, como las Pirámides ó el Esfinge; sino al contrario, organismo vivo, capaz de crecimiento y perfección: idéntico á sí mismo en sustancia, variado y movable en los accidentes. No somos partidarios de la doctrina del *progreso indefinido*, entendiendo por tál que cuanto hay adelante fatalmente, y que *todo* lo de hoy sea mejor por necesidad que lo de ayer: hartas ruinas y decaimientos hemos presenciado en este mundo. Pero sí creemos que el hombre, y las sociedades é instituciones que él crea, pueden siempre perfeccionarse, y que á ello se debe tender constantemente. Aun la Iglesia católica, invariable en el dogma y la moral, acomoda su disciplina á las vicisitudes de los tiempos; y el dogma mismo, que no muda, se desenvuelve con el andar de las edades. El Cardenal Newman es autor de un libro titulado *Desarrollo de la Doctrina Cristiana*.

(1) Los seis Colegios más famosos de España, en aquellos siglos: el de la *Asumpta*, en Lérida; los de Santiago y San Bartolomé, en Salamanca; el de Santa Cruz, en Valladolid, y el de San Ildefonso, en Alcalá, fueron fundados por eclesiásticos. De los diez y nueve Colegios de Oxford, diez tienen fundadores Obispos ó sacerdotes. Nuestro San Bartolomé fue creado por el Arzobispo Lobo Guerrero.

Los Colegios no son excepciones de estas reglas generales, y crecen y merman, progresan y decaen. De la celeberrima Universidad de Salamanca apenas quedan las memorias, y algún resto de sus afamados colegios. Los colegios de Cambridge no se alojan en las hospederías ruines y pajizas en que vivían los alumnos del siglo XII, sino en suntuosos palacios, aderezados con todo el refinamiento de la moderna cultura. En el Colegio oxoniense de Merton ya no se explica la filosofía de Duns Escoto, con haber sido aquel magno sabio la mayor gloria del precitado claustro. El Padre Secchi no leyó en el Colegio Romano la astronomía de Tolomeo; ni enseña literatura Menéndez Pelayo, en la universidad de Madrid, como la profesaba Antonio de Nebrija en la Universidad de Alcalá.

Ignoramos por qué ha de ser de otra condición el Colegio del Rosario; y nos asombra de veras que se critiquen las modificaciones que en él se introducen, para acomodarlo á las exigencias de la época presente; y más si estas censuras parten de amigos del progreso indefinido.

Supongamos que resucitara el Sr. Torres y viniera á visitar su Colegio. Se indignaría al saber que en un tiempo se dismanteló la iglesia, vendiendo todos los altares y ornamentos á vil precio; pero lo consolaría el verla decorosamente restaurada; extrañaría que ya no se enseñen en el Rosario la Teología, la Medicina y el Derecho; pero dejaría de extrañarlo al saber, con gozo, que en escuelas especiales aprenden Jurisprudencia más de ciento cincuenta jóvenes, y Medicina dos centenares de estudiantes, en una Facultad que goza ya de celebridad americana, y que tenemos un Seminario de clérigos que puede pasar como modelo en su especie. ¡Qué dolor oír que su obra, fundada para formar varones consumados en la doctrina de Santo Tomás, se trocó en cátedra del añejo y trasnochado sensualismo! ¡Qué regocijo al ver que el espíritu del Santo anima y expande todas las actuales enseñanzas!

No creemos que haya nadie que crea, en serio, que hoy se deba enseñar medicina como en el siglo XVII, ni que de-

bamos, como entonces en la Colonia, defender el sistema astronómico de Tolomeo; ni explicar la filosofía como antaño, haciendo caso omiso de los adelantos adquiridos de aquella edad acá. ¿Acaso el espíritu humano se paró en el siglo XIII?

Para cumplir las Constituciones del Fundador, ¿hemos de reconocer por patrono al Rey de España? ¿Deberemos exigir á los alumnos certificados nobiliarios? ¿Para algo guerrearon nuestros padres contra la monarquía española!

¿Quién os ha dicho, preguntará alguien, qué es lo esencial, lo inviolable en las Constituciones del Colegio? Si abrimos la puerta á las mudanzas, volverá el día en que sólo conserve el Instituto su local, el nombre y el escudo blanco en el pecho de sus alumnos. Creemos que el criterio en este caso es sencillo y claro. Debe considerarse fundamental, inmutable, lo que sea común á los colegios universitarios, antiguos y modernos, de todo el mundo; y también lo que el Fundador señale como fin primordial de su Instituto.

Después de prolijo estudio comparativo, nos parece hallar, en lo que llamamos *Colegio Mayor*, los caracteres siguientes:

1.º El Colegio es nuevo hogar para los jóvenes que no pueden lanzarse de repente al torbellino del mundo, sin riesgo de perderse.

2.º Ha de componerse de alumnos internos. ¿Quién ha llamado nunca *mi casa* al local que frecuenta, pero donde no vive?

3.º La idea de hogar implica para un niño el tener gratuitamente techo, pan y vestido. En los colegios, los que se sostienen á costa del instituto, son los *de casa*, y se distinguen de los jóvenes que pagan al Colegio mesa, ropa, libros, &c. Esta diferencia existe en todo claustro europeo (1).

(1) Los *fellows* de los colegios ingleses son nuestros *colegiales*; *scholars*, son los aspirantes á la colegiatura; *exhibitioners*, son los pensionados por el Gobierno ó por cualquier otra entidad; los *tutors*, son nuestros *repetidores*, y *bursar* corresponde al *síndico* de acá. Nuestros *convictores* son *commoners* en Inglaterra.

4.º Todo Colegio es autónomo, en lo que mira á su régimen interior.

5.º Está bajo el patronato de alguna entidad elevada: gobierno civil ó eclesiástico, sociedades científicas, &c.

6.º Todo Colegio, amén del fin común de educar, tiene alguno especial que lo distingue de los otros establecimientos de su especie. En el Colegio del Rosario, el objeto peculiar—claro lo dice el Sr. Torres—es enseñar á los seculares—á diferencia de los religiosos—la doctrina filosófica de Santo Tomás.

Lo demás puede mudarse, sin ofender al Fundador. Más aún: sus propias Constituciones prevén el caso de que los tiempos exijan modificar los primitivos Estatutos ó añadirles otros, salva siempre la esencia del Colegio.

Quien lea las Constituciones antiguas, y las compare con las nuevas, verá que se ha salvado la sustancia, y—que, aun en lo accidental, apenas se han hecho ligeras mudanzas. No se puede restablecer de un golpe el régimen electivo: debiendo ser los *colegiales* los únicos electores, y ellos solos elegibles, no puede principiarse mientras no haya varios colegiales, que hayan concluído su educación y puedan ser rectores. Lo mismo dispuso Fray Cristóbal de Torres á los principios de su fundación.

R. M. C.

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO

CLAUSURA DE ESTUDIOS EN 1904

Entre los COLEGIALES obtuvo el primer premio el señor

D. IGNACIO RIVEROS

Bachiller en Filosofía y Letras.

Obtuvo el segundo premio el señor

D. ROBERTO CORTÁZAR

Entre los CONVICTORES obtuvo el primer premio el señor

D. TULIO TASCÓN

Obtuvo el segundo premio el señor

D. TORIBIO RIVERA

Mención honorífica

Casas Alfonso.	Noguera Alfredo
Linero Rodrigo.	Rivera Zoilo.

Entre los OFICIALES obtuvo el primer premio el señor

D. JOSÉ MANUEL SAAVEDRA

Obtuvo el segundo premio el señor

D. RAFAEL LUQUE

Entre los EXTERNOS obtuvo el primer premio el señor

D. PEDRO JOSÉ SARMIENTO

Bachiller en Filosofía y Letras.

Obtuvo el segundo premio el señor

D. GUSTAVO DE LA PUENTE

Bachiller en Filosofía y Letras.

Mención honorífica

Carvajal Lisandro.	Peña Julio.
Donado Juan A.	Ramírez Evangelista.
Gómez Darío.	Rengifo Tomás.
Haayen Enrique.	Silva Justo Pastor.
Moreno Ignacio.	Vera Edmundo.
Parra Eduardo.	Zuluaga Julio.

LISTA

de los alumnos más distinguidos en las aulas

BACHILLERATO

EN ANALOGÍA LATINA

Cortázar Roberto y Saavedra José Manuel.

EN SINTAXIS LATINA (1.ª Sección)

Alzate José María.

EN SINTAXIS LATINA (2.ª Sección)

Abello Víctor Manuel.

EN GRAMÁTICA CASTELLANA (1.^a Sección)

Carvajalino José Miguel y Casas Alfonso.

EN GRAMÁTICA CASTELLANA (2.^a Sección)

Muñoz Rito y Ramírez Eduardo.

EN ARITMÉTICA (1.^a Sección)

Mercado Ramón y Saavedra José Manuel.

EN ARITMÉTICA (2.^a Sección)

Caro Tobías y Medellín Guillermo.

EN RELIGIÓN (1.^a Sección)

Leiva José Joaquín y Saavedra José Manuel.

EN RELIGIÓN (2.^a Sección)

Gómez Juan Pablo y Ramírez Evangelista.

EN FRANCÉS (1.^a Sección)

Higuera Manuel é Iglesias Salvador.

EN FRANCÉS (2.^a Sección)

Samper Francisco y Samper Miguel.

EN ÁLGEBRA (1.^a Sección)

Escallón Carlos y Lozano Víctor.

EN ÁLGEBRA (2.^a Sección)

Mejía Manuel y Muñoz Rito.

EN INGLÉS INFERIOR (1.^a Sección)

Mercado Ramón y Merizalde Alberto.

EN INGLÉS INFERIOR (2.^a Sección)

Caro Antonio José y Muñoz Rito.

EN INGLÉS SUPERIOR

Arboleda Enrique y Lozano Víctor.

EN HISTORIA PATRIA

López Tiberio.

EN HISTORIA ANTIGUA

Gómez Juan Pablo y González Remigio.

EN HISTORIA MODERNA

Cortázar Roberto é Irurita Domingo.

EN GEOMETRÍA

Arboleda Enrique y Bonilla Marco Tulio.

EN RETÓRICA

Cortázar Roberto y Torres José Gregorio.

EN FÍSICA

Acuña Arturo y Calderón Teodomiro.

EN LÓGICA

Cárdenas Rafael é Irurita Domingo.

EN METAFÍSICA

Prado José María y García Demetrio.

DOCTORADO

EN ANALOGÍA GRIEGA

Riveros Ignacio.

EN ESTÉTICA

Riveros Ignacio.

EN PROSODIA LATINA

Riveros Ignacio.

EN DIDÁCTICA

Riveros Ignacio.

EN HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

Acuña Arturo.

ACUERDO NUMERO 14 DE 1904

*La Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora
del Rosario*

TENIENDO EN CUENTA

Que hace catorce años que el Sr. Dr. D. Rafael María Carrasquilla ha venido dirigiendo el Claustro, como Rector suyo, con la mayor consagración y amor verdaderamente paternal;

Que no solamente ha devuelto al Colegio la vida que en primeros tiempos lo animó, ora resucitando las enseñanzas según la mente del Angélico Doctor, ora ordenando la disciplina según las Constituciones que estableció su ilustre Fundador, sino que también ha restaurado el edificio, ha recuperado en lo posible sus haberes y ha ensanchado la capacidad del Establecimiento;

Que el mismo Sr. Dr. Carrasquilla, después de haber reivindicado y asegurado la preciosa autonomía del Colegio, la ha sabido defender con esa suave firmeza tan propia de nuestros claustros ;

Que el feliz período en que el Colegio lo ha tenido por Rector, ha venido á cerrar largo y penoso paréntesis, en que el espíritu de éste había desaparecido casi por completo ;

Que fue justa y gloriosa tradición de este Colegio, en los tiempos que ahora el Sr. Dr. Carrasquilla está reproduciendo con su sabia y benéfica administración, el consagrar la memoria de los grandes Rectores y los hijos esclarecidos del Colegio, colocando su retrato en el *Aula Máxima* ; y

Que la Consiliatura tiene por uno de sus más preciosos deberes el propender por el brillo y esplendor del Colegio y el hacer justicia á sus grandes benefactores,

ACUERDA

Corresponder á los importantes servicios prestados al Claustro por el Sr. Dr. Carrasquilla, ordenando que su retrato, costado por el Colegio, sea colocado en el *Aula Máxima*, entre los de sus Rectores é hijos ilustres, con lo cual no se hará otra cosa que entrar por los nuevos caminos que, con tanta inteligencia y perseverancia, ha iniciado el mismo Sr. Dr. Carrasquilla.

Autorízase al Sr. Síndico para cubrir los gastos que el presente demande.

La Consiliatura presentará al Sr. Rector una copia de de este Acuerdo.

Dado en Bogotá, á veintidós de Octubre de mil novecientos cuatro.

El Vicerrector, JENARO JIMÉNEZ, Presbítero—El Consiliario, CARLOS UCRÓS—El Consiliario, JUAN DE LA C. SANTAMARÍA—El Consiliario, JOSÉ I. TRUJILLO—El Síndico, JOSÉ POSADA T.—*R. Escobar Roa*, Secretario.

ACUERDO NUMERO 1.º DE 1905

La Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

TENIENDO EN CUENTA

La conveniencia de publicar los actos oficiales del Colegio ;

Las conferencias de los catedráticos y los programas de las lecciones ;

La de que los alumnos actuales y los demás hijos del Colegio tengan un órgano propio de publicidad ;

La de brindar á los estudiantes sana é instructiva lectura ;

ACUERDA

1.º Fúndase una Revista mensual del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, dirigida por la Consiliatura.

2.º Inclúyase en el Presupuesto de Rentas el producto probable de la venta de la Revista, y en el de Gastos, los que ocasione la edición.

3.º Nómbrase administrador de la Revista al Sr. Consiliario D. Carlos Ucrós.

Dado en el Aula Máxima del Colegio, á 31 de Enero de 1905.

R. M. CARRASQUILLA—JENARO JIMÉNEZ—JOSÉ I. TRUJILLO—CARLOS UCRÓS—*Rafael Escobar Roa*, Secretario.

ACUERDO NUMERO 2.º

La Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

TENIENDO EN CUENTA

Que el desarrollo físico de los alumnos es parte importantísima de la educación ;

Que contribuye poderosamente á la moralidad de los jóvenes ;

Que vigorizando el organismo, facilita los estudios y labores intelectuales,

ACUERDA

1.º La enseñanza de gimnasia y calisténica se dará con toda regularidad en el Colegio;

2.º El Sr. Rector procurará á los internos largos paseos, sin perjuicio de los estudios, organizará juegos de fuerza y agilidad;

3.º Regularizará el uso de los baños para todos los estudiantes citados;

4.º La clase de gimnasia y los ejercicios de que tratan los números anteriores, son obligatorios para todos los alumnos internos.

Dado en el Aula Máxima del Colegio, á 31 de Enero de 1905.

R. M. CARRASQUILLA—JENARO JIMÉNEZ—JOSÉ I. TRUJILLO—CARLOS UCRÓS—*Rafael Escobar Roa*, Secretario.

ACUERDO NUMERO 3.º

La Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

TENIENDO EN CUENTA

Que es deber de justicia que el Colegio manifieste su gratitud á sus antiguos y fieles servidores;

Que los Sres. Dr. D. Julián Restrepo Hernández y Profesor D. José Miguel Rosales han regentado sus cátedras en el Colegio durante catorce años, profesan filial cariño á nuestro Claustro, y le han prestado, además de la enseñanza, importantes y gratuitos servicios,

ACUERDA

1.º Concédese á los Sres. Dr. D. Julián Restrepo Hernández y Profesor D. José Miguel Rosales el título de Colegiales honorarios.

2.º El Secretario del Colegio les enviará el Diploma de costumbre con la nota correspondiente.

Dado en el Aula Máxima del Colegio, á 31 de Enero de 1905.

R. M. CARRASQUILLA—JENARO JIMÉNEZ—JOSÉ I. TRUJILLO—CARLOS UCRÓS—*Rafael Escobar Roa*, Secretario.

ACUERDO NUMERO 4 DE 1905

La Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Vistas las informaciones presentadas al concurso por los jóvenes que han solicitado becas de Colegial ó de Oficial;

Después de diligente y maduro examen comparativo de los méritos de los candidatos, conforme á las reglas establecidas,

ACUERDA

1.º Concédese una Colegiatura al Sr. D. Rafael Luque.

2.º Concédese beca de oficial á los señores:

Cepeda Angel María

Cogollos Alejandro

Durán Joaquín E.

Escallón Silvestre

Laverde Jorge

López Tiberio

Moya Luis E.

Parra Jesús Antonio

Reina Félix María

De la Rosa Reginaldo

Rosas Adalberto

Ruiz Peregrino

Torres Alejandro

Villegas Alfonso

Dado en Bogotá, en el Aula Máxima del Colegio, á seis de Febrero de mil novecientos cinco.

RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA—JENARO JIMÉNEZ—JOSÉ IGNACIO TRUJILLO—CARLOS UCRÓS—*Rafael Escobar Roa*, Secretario.

*República de Colombia—Ministerio de Instrucción Pública—
Sección 1.ª—Número 171—Bogotá, Febrero 6 de 1905.*

Sr. Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario—S. M

Tengo el honor de comunicar á V. S. que este Ministerio, por Resolución de hoy número 207, tuvo á bien adjudicar al Sr. Oficial de ese Establecimiento, D. J. Manuel Saavedra, la beca de Colegial de número, que le toca proveer al Excmo. Sr. Presidente de la República, como Patrono del Colegio de que V. S. es digno Rector.

Dios guarde á V. S.

Por el Ministro.

El Subsecretario, *Benjamín Uribe*

SONET....

Á LOS REDACTORES DE *Patatín Patatán* (1)

No más sonetos! jóvenes, que con talento raro,
Del ritmo penetrasteis recónditos secretos.
Qué! ¿no podéis vosotros pensar sino en sonetos?
Tal no se diga nunca de vuestro ingenio claro!

Desde las amplias silvas al madrigal avaro
Cuánta estrofa no os lanza sus formidables retos:
Domad la octava indócil, los clásicos tercetos,
Oh Manuel! oh Aloisio! oh Antonio José Caro!

Si como en otros tiempos dominó el gongorismo,
Y en estos infelices letal decadentismo,
El regío áureo soneto se trocase en manía....

Mas no sigo, porque alguien con justicia podría
Decirme: "Empiéza, médico, por curarte á ti mismo."

HERNANDO HOLGUÍN Y CARO

22 Noviembre 1904.

(1) Título de un semanario casero, impreso en *Type-writer*.

MI DEFENSA

A HERNANDO

Hoy feroz mi musa vuela:
Arrebatado de enojo
La estrofa por arma escojo
Que se ha llamado "espinela";
Porque, ¿quién no se rebela
Contra el sermón anterior?
Voy á hacer, lleno de ardor,
Mi defensa, disputando,
Con el permiso de Hernando
Y la venia del lector.

Sí, la musa me aconseja
Ser implacable y ser claro;
Al señor Holguín y Caro
Lo tengo entre ceja y ceja;
Y aunque el furor no me deja
De la corrección cuidar,
Puede mi primo rabiarse;
Que yo desafiando el Soneto,
Y, si le place, lo reto
A combate singular.

No me arredra la porfía,
Que como él valiente soy;
Mas antes á cumplir voy
Un deber de cortesía;
Me dice la musa mía,
Que como noble y discreta
A Holguín admira y respeta:
"Antes de entrar en combate,
La frente hasta el polvo abate
Y grita: Honor al poeta!"

Mi gratitud sin tardanza
Honra al adalid que reto,
Que en su brillante soneto
Puso un verso en mi alabanza.

Calle el grito de venganza,
Toca hablar al corazón;
Y aunque le niego razón,
Forjar sonetos no intento,
Por respeto á su talento
Y á su vasta ilustración.

Rindiendo homenaje al vate
Depongo lanza y escudo;
Siempre conviene un saludo.
Cuando se inicia un combate;

Quien es hidalgo y se bate,
La cabeza hasta los pies
Debe inclinar, y después
Puede herir á su contrario;
Señores, es necesario
Ser valiente y ser cortés!

El lector la musa mía
Ya por incivil no acusa,
Porque ya cumplió mi musa
Su deber de cortesía.

Saludar se requería,
Venga ya la discusión;
Y si calló el corazón
Arguya el entendimiento;
Quede mudo el sentimiento
Para que hable la razón.

Mi musa es loca y traviesa;
Y á veces me he preguntado
Si puedo andar sosegado
Con compañera cual ésa.

Ni ella vale lo que pesa,
Ni pesa, porque es alada;
Es necia, indisciplinada;
Si la llamo, no contesta,
Y con charlas me molesta
Cuando la quiero callada.

Así encontrará el lector
En una estrofa cualquiera,
Lo que haber dicho debiera
En otra estrofa anterior.

Grito á veces con furor,
Otras me embarga el contento,
Y va mi razonamiento
Saliendo en diversos trozos,
Pues le gustan los retozos
A mi loco pensamiento.

En el duelo que ha de haber,
Aunque es á la antigua usanza,
Quiero con pluma y no lanza
Atacar y defender.

Testigo? quien quiera ser.
El palenque? *Patatín*;
"Gloria al soneto" es, en fin,
Mi divisa y mi bandera,
Y el paladín que me espera,
El señor Hernando Holguín.

Que en un soneto, ¡insolencia!
Contra los sonetos clama;
¿Será que esto no se llama
Evidente inconsecuencia?

Detiene nuestra afluencia
De sonetos, ¡caracol!
Que Hernando como español
De raza, á quien nada espanta,
Nuevo Josué se levanta
Y ordena pararse al sol.

Por el soneto aquí inflama
 Los pechos pasión sin nombre.
 ¿Cuándo al mandato de un hombre
 Volvió atrás el Tequendama?
 Pues la familia derrama
 De sonetos un torrente,
 ¿Habrà un genio prepotente
 O algún semidiós siquiera
 Que reprima su carrera
 Con sólo decir "Detente?"

En sus designios secretos
 Enviarnos decretó Apolo
 Una musa que tan sólo
 Sabe componer sonetos.
 Esos lectores inquietos
 Que protestan y alardean
 Contra los sonetos, sean
 Fieles á esta regla al menos:
 No critiquen si son buenos,
 Si son malos no los lean.

El señor Hernando Holguín,
 Como quien nada nos cuenta,
 Una aserción le presenta
 Al lector de *Patatin*,
 Que hacer sonetos, en fin,
 Es una insana manía;
 Pero una cuestión vendría,
 Que puede dejarlo extático:
 Llamar á Heredia maniático
 ¿Justo y honrado sería?

Y fue maniático Arguijo
 Y hoy es maniático Llona;
 Eso nadie lo perdona,
 Sea quienquiera el que lo dijo,

Y estos poetas de fijo
 A Hernando deben gustar;
 Yo le he oído recitar
 Frecuentemente el divino
 "Crepúsculo vespertino,"
 En sonetos, de Gaspar.

En las colaboraciones
 Con que ha honrado á *Patatin*
 Hallo contra el mismo Holguín
 Nuevas argumentaciones.

Pues en esas producciones
 Ni hay octavas, ni hay tercetos;
 Sólo, lectores discretos,
 En sonetos colabora;
 Sin embargo, le encocora,
 Que otros escriban sonetos.

Esto que digo, se infiere
 Que es defensa general;
 En un caso personal,
 En lo que á mí se refiere,

Si el lector lo permitiere,
 Y la musa en rebeldía
 No se declara, querría,
 Torturando mi memoria,
 Traer recuerdos de historia;
 Pero de la historia mía.

Un año.... ¿No habrá quien saque
 A relucir esa fecha?
 Mi memoria no está hecha
 Para servir de almanaque.

Cuando era yo un ñiquiñaque
 (Lo cual me sirvió de excusa)
 Por inspiración infusa
 Dije, "á poeta me meto";
 Y ¿lo creeréis? fue un soneto
 Lo que me sopló la musa.

Si mi primer producción
Fue un soneto, cuando niño,
¿No he de tenerle cariño
O, si se quiere, afición?

Pero aun hubo otra razón
Para quedar complacido,
Pues el soneto aludido
En la décima anterior,
Fue del gusto del señor
A quien iba dirigido.

Tiempo después me preparo,
E invoco la musa mía,
Para festejar el día
Glorioso del señor Caro,
No con "madrilgal avaro,"
Con "amplia silva," oh lector;
Mas dice Luis: "No, señor;
Sólo te admito un soneto";
Y yo porque lo respeto
Obedecí al Director.

.....
Que á Roberto alguien envía
Dos palomas mensajeras;
Que enamorado de veras
Le parece estar un día;
Que uno muere de alegría;
Que otro se halla en un aprieto;
Que una chica y un sujeto
Contrajeron matrimonio;
Siempre me dicen, "Antonio,
Debes hacer un soneto."

Me impide un poder divino
En otro metro cantar,
Y esto me hace meditar
En "la fuerza del destino."

Ante ese poder me inclino
Y lo acato reverente:
Vano es que arrancar intente
Otra estrofa de mi lira,
Porque aquel numen me inspira
Sonetos únicamente.

Me están diciendo las musas
Lo mucho que me he extendido,
Por lo cual humilde pido
A mis lectores excusas.

Con razones inconcusas
La falta de inspiración
Suplo en mi argumentación
Alabando los sonetos.
—Presento á Holguín mis respetos
Y espero contestación.

ANTONIO JOSÉ CARO
Bachiller en Filosofía y Letras

24 Noviembre 1904.

CRONICA CIENTIFICA

Pretendemos registrar en estas líneas algunas de las noticias de la prensa extranjera, venida en los últimos correos, sobre novedades científicas é industriales, por si fueren de alguna utilidad para los lectores de esta Revista que, Dios mediante, logrará larga vida, llenando en el curso del tiempo los objetos que se ha propuesto al publicarla su docto fundador.

Y comoquiera que los acontecimientos geográficos por lo común tienen influencia de carácter general, principiaremos con una rápida revista sobre lo acaecido en el particular el pasado año de 1904. En Asia, á la sazón teatro de graves acontecimientos militares, la exploración del territorio se ha enriquecido con los estudios de Grillieres en el Yunan, de Gervais en la gran vuelta del Yang-tsekiang y de Jutterer al

Tibet Nororiental, realizados todos en una región fragosísima, en partes desierta, y que añaden una página más al conocimiento exacto de la orografía de ese continente, cuna de la humanidad, y que la civilización occidental reconquista poco á poco por medio del vapor: á la fecha los ferrocarriles asiáticos miden algunos millares de kilómetros, principiados en la India en 1853.

En la península Gangética funcionan 41,760 kilómetros, notándose en su trazo la tendencia á avanzar al encuentro de las ferrovías rusas, que miden 8,000 en Siberia, Mandchuria y Turquestán. La red japonesa, iniciada en 1872, cuenta 6,630 kilómetros, ó sea el doble de la Indiana, por cuanto esta colonia inglesa es *once* veces más extensa que el imperio del Sol Levante. El inmenso Imperio chino, mal de su grado, ha concedido la construcción de 11,500 kilómetros á diversas compañías, de los cuales 4,500 están en servicio. En Corea, la guerra ha impedido que se construya la línea con que pensaban atravesarlo á lo largo los mismos dos adversarios que hoy se ametrallan en Mandchuria. En Indochina los franceses no cuentan sino con 700 kilómetros. El Estado de Siam posee 500; Persia apenas tiene una línea de 10 kilómetros, entre la capital y un palacio del Chah. En fin, en Asia Menor hay 2,700. En resumen, Asia está cruzada por cerca de 70,000 kilómetros de ferrovías, cuando América posee 412,000, Europa 291,000, Africa 25,000 y el pequeño Continente australiano 25,000.

Inglaterra, después de cubrir la India de ferrocarriles, principia á construirlos en Birmania, para explotar tan bella colonia, y la primera línea, la de Tchittagong á Tinsuka, entregada al servicio en Noviembre pasado, representa un verdadero derroche de millones por parte del Tesoro y un *tour de force* por parte de los ingenieros. La línea (1,240 kilómetros) se emprendió suponiendo un gasto de siete y medio millones de pesos, y costó cuarenta; pero sirve una región muy poblada y en la que hay 250,000 hectáreas sembradas con el magnífico té de Assam. Debe anotarse, para que se juzguen las dificultades de la obra, que en 1897 un terremoto

destruyó 340 kilómetros de vía ya construída, que la línea cruza un extenso y malsano pantano y un macizo montañoso áspero en extremo, que en determinados momentos hubo hasta 75,000 obreros, y nunca menos de 25,000, cuya alimentación fue siempre un problema: en 200 kilómetros la línea no tiene igual en el globo, ni aun entre los ferrocarriles del Perú.

Y á los inconvenientes del terreno debe agregarse la formidable oposición de Calcuta, que veía en Tchittagong la rival que habría de destronarla, la cual oposición quedó justificada en el acto con el aumento extraordinario de las exportaciones por aquel puerto, lo que no es de extrañarse, puesto que es el mismo *porto grande* de los antiguos comerciantes portugueses.

En Africa la exploración aumentó un poco en todas las comarcas de ese Continente Negro, en especial por la demarcación material de diversas fronteras coloniales. En la sola región del Tchad se recorrieron cerca de 800 kilómetros en territorios antes no conocidos, quedando demostrado que el Sahara gana terreno progresivamente sobre el Sudán: en 1903 se secó el lago Fitri y el Tchad sigue idéntico camino. La construcción de ferrocarriles marchó con alguna actividad: líneas de Kayes al Níger, de Konakry al mismo río, del Dahomey, de la Costa de Marfil, de la Costa de Oro, del Congo, de Buluvays á las cataratas del Zambeza, de Berber á Suakim, todas en regiones tórridas y malsanas.

Uno de los acontecimientos que más pueden interesarnos, entre los muchos que se desarrollan en el territorio africano, es, sin duda ninguna, la busca de esmeraldas en el Sahara: está demostrado que de esa región provienen las que conocieron los romanos, y el desgraciado Coronel Flatters las encontró en abundancia en ese valle de Amadghar, donde perdió la vida. Las dificultades de la empresa son grandes, por causa de los bandidos Tuareg, pero Forest, que en 1891 fracasó en su tentativa por falta de recursos, ha obtenido recientemente el apoyo de la Sociedad de Geografía de París.

Y ya que de esmeraldas hablamos, buenos es recordar que esta piedra—silicato doble de alúmina y de glusina—no se encuentra sino en las rocas silicatadas primitivas ó en sus despojos, y se reconoce fácilmente en que tiene la propiedad de *rayar el cuarzo* y dejarse *rayar* por el topacio.

Otra obra de grande importancia que se proyecta en Africa es la mejora del curso del Nilo, para adaptarlo científicamente á la irrigación, pues es bien sabido que Egipto es una de las colmenas humanas, con sus doscientos fellahs por kilómetro cuadrado. Entre desembarazar el Nilo nubiano del *Sedd* (yerba) que lo cubre, y luego trabajar constantemente en mantener limpios 650 kilómetros de cauce, ó construir un canal de 340, de Bor á Sobat, se ha preferido lo segundo, aun cuando habrá de costar ventiocho millones de pesos, por cuanto la obra aumentará las rentas ordinarias del país en ocho ó diez millones anuales.

En el Nuevo Mundo los viajes y estudios de las regiones polares han continuado con interés, tanto por los servidores exclusivos de la geografía, cuanto por los interesados en la frontera de Alaska y el Canadá, fijada por fin de un modo completo, con triunfo para los Estados Unidos, á quienes se adjudicó el Canal de Lynn, que es la gran vía, de Klondike: el Canadá perdió litoral Pacífico en una extensión de 7 grados.

En Cuba, con la construcción de una vía férrea en Tierra Adentro, queda asegurada la comunicación entre la Habana y Santiago de Cuba, antes tan precaria: la red ferroviaria de la Gran Antilla se ha transformado y completado en los últimos tres años.

Cuanto á la América del Sur, debemos anotar la exploración del alemán Passarge en los llanos del Orinoco (hoya del Caura), la continuación de los trabajos de la Comisión geodésica francesa, ahora en el N. del Perú, y los trabajos de la Expedición de Montfart y La Grange en las altas mesas de Bolivia, desde el lago Titicaca hasta la laguna de Poopó. Los mismos parajes han sido visitados por otra Misión fran-

cesa (Sevor), por una Misión alemana y por una sueca, de manera que en breve conoceremos de un modo realmente científico esas importantísimas regiones.

Bolivia y el Brasil han tenido el buen juicio de entenderse amigablemente en sus disputas sobre territorio, y la frontera quedó definitivamente señalada entre los dos países por una línea recta de la boca del Madre de Dios al sitio de Black, en el Yavari. Este arreglo ha tenido su reflejo en la exportación del caucho de la Amazonia, que llegó á 30,710 toneladas métricas, con aumento de 707 sobre el año anterior. Esta exportación se divide en *fino* (9 millones de kilogramos), *mediano* ($1\frac{1}{2}$), *coarsa* (2 millones), y *caucho* (3 id.). Cuanto á destino, Europa recibe $6\frac{1}{2}$ millones, y $8\frac{3}{4}$ los Estados Unidos. El valor de esa exportación ha pasado de 500,000 *milreis*, en 1830; á 6 millones, en 1870; á 37 millones, en 1890; y á 150, el año pasado (\$ 340.000,000). En una palabra, la Amazonia produce hoy la mitad del caucho que se recoge en todo el globo, pero esa riqueza transitoria la arruina de un modo lento y seguro: la agricultura se ha abandonado hasta el punto de producirse hambres entre los caucheros, y el producto de la goma americana baja sin cesar ante la competencia de producción de otras gomas elásticas de Asia y Africa.

En cambio, el litoral caribe aumenta su prosperidad con el creciente desarrollo del consumo del banano, puesto que el racimo de buena calidad se paga á 25 centavos en los Estados Unidos. La sola República de Costa Rica exportó el último año esa fruta por valor de 3 millones, y más de 230 *steamer* salieron de Puerto Limón cargados íntegramente de bananos para los Estados Unidos é Inglaterra.

* *

No todos los días logra la ciencia descubrimientos tan importantes como el del Radio ó el de los Rayos X; pero diariamente encuentra otros que ayudan de una manera eficaz al creciente progreso de la civilización. Edison ha logrado

construir un nuevo acumulador menos frágil que los conocidos, reemplazando el plomo por un electrodo positivo de níquel y otro negativo de hierro, y los ingleses han realizado la empresa de hilar la *turba*, de la cual extraen hoy una fibra de gran resistencia. Por su parte, los franceses producen ya, en grande escala, jugo gástrico natural, que en la actualidad tiene diversas aplicaciones terapéuticas; lo mismo que han ideado nuevas máquinas para fabricar fósforos, las que producen por día 50,000 cajetillas de á 50 fósforos.

En su lucha industrial, los Estados Unidos han logrado reducir el transporte de las mercancías á sólo 7 reales por tonelada milla, cuando en Inglaterra aún cuesta 23 (!). Y debe saberse á este respecto que la duración ordinaria de una rueda de locomotora es tan corta, que apenas alcanza para 56,000 kilómetros, al cabo del cual recorrido ha perdido 22 kilogramos de su pesoprimitivo.

En Inglaterra se fabrican hoy corrientemente barriles metálicos de una sola pieza, con un milímetro de espesor, y tubos de acueducto de dos piezas, pero que resultan más baratos y duraderos que los ordinarios.

El fabricante Ranson ha ideado una máquina portátil de vapor, de 135 kilogramos de peso, que sólo consume ok.400 de petróleo por caballo por hora, tiene volante de 1m.50, es útil en particular para mover la sierra de un aserradero, porque con su auxilio no habrá porción alguna de bosque que no se pueda explotar fácilmente, y fácil también será aplicarla al movimiento del arado en la labor de las tierras; bien que por desgracia estas últimas han bajado allá de tal manera, que no es exagerado estimar ese demérito en el 50 por 100 en los últimos 20 años: recientemente, una propiedad vendida el año antepasado por \$ 80,000, apenas pudo colocarse en \$ 20,000. La razón de este desastre se encuentra en la creciente importación de los artículos alimenticios: por lo pronto, esas tierras así inutilizadas, ó poco menos, se aplican al cultivo de frutas que, como la frambuesa, no pueden cosecharse sino muy cerca de donde se van á consumir.

En las micas del Canadá se ha encontrado el uranio en buena cantidad, lo que ha permitido activar los estudios sobre el radio; en cambio, la miseria del algodón aumenta, porque devorando la industria cada año los mejores granos, no se siembran sino los de peor clase, que naturalmente no producen sino medianas cosechas: toda Europa trabaja en la actualidad por establecer el cultivo de esta planta en grande escala, en sus colonias de Africa.

Resulta de cuidadosos experimentos que toda pieza fundida de metal, si se vuelve á caldear, cuando se enfría ha crecido un poco en volumen; pero que ese crecimiento cesa á las 14 ó 15 caldeadas, al cabo de las cuales ya no cambia de tamaño, habrá disminuído de peso de una manera sensible, y se torna más resistente para las torsiones y fracturas.

Los astrónomos andan empeñados en nuevas discusiones sobre los *canales* de Marte y las variaciones del fondo del circo de Platón en el disco lunar, y han comprobado, nada menos que fotográficamente, la existencia del 9.^o satélite de Saturno, tan pequeño que apenas mide 40 leguas de diámetro.

El Profesor Kiesel ha demostrado que por la disposición de las facetas de los ojos de los insectos, éstos pueden mirar de frente el sol sin ser ofuscados, debido á la lejanía del centro luminoso; en tanto que los rayos de una bujía los deslumbran, les hacen perder los puntos de comparación en que apoyan sus movimientos, y sin quererlo van á caer al foco luminoso, donde se abrasan.

F. J. VERGARA Y VELASCO
Catedrático de Historia Patria

CRONICA LITERARIA EUROPEA

Tres maneras existen de escribir viajes, según la opinión de la escritora italiana Matilde Serao. Consiste el primero en describir monumentos y paisajes y lugares, poniendo en prosa amena lo que dice y enseña la guía de Bedecker, ó

cualquier otra de las que con ella rivalizan. Leyendo los libros de tales viajeros, aprende uno—¡qué delicia!—que en el Museo del Louvre se halla la Venus de Milo; que la Basílica de San Pedro tiene tantos pies ingleses de largo; y que en la Plaza de Trafalgar hay una estatua de Nelson.

El segundo modo, que llamaríamos *impresionista*, está en darle al lector cuenta de los colores, sonidos, olores y sabores que el viajero fue sintiendo, á medida que iba recorriendo, al volar del tren expreso, los distintos países de este mínimo planeta solar. Que en Londres, tres días que estuvo, había niebla; que antes de entrar al túnel de San Gotardo, alcanzó á ver un pastor en zancos; que en una hostería de Milán tomó un delicioso asti espumante; que lo picaron los mosquitos en Venecia, y que sintió frío al llegar á Heidelberg. Por supuesto, todo ello no así, en prosa pedestre, sino haciendo pasar ante los ojos encandilados del lector grises y violetas, rayos y penumbras; ante sus oídos *skerzos* en *lá bemol*, sinfonías aéreas, suspiros misteriosos, imperceptibles melodías; y lo mismo ó cosa parecida respecto al gusto, al olfato y al tacto.

El lector desapercibido, que nunca viajó y lee un libro de esta especie, forma en su mente una serie de ecuaciones divertidísimas:

Londres = niebla

Suiza = pastores en zancos

Milán = vino espumoso

Venecia = zancudos

Heidelberg = frío

¡Y queda lucido!

El último modo de escribir viajes consiste en percibir el alma del pueblo que se visita; porque las razas y las naciones tienen espíritu: suma, reflejo de las almas de sus habitantes, no sólo presentes, sino sobre todo, pasados; de sus vicisitudes y su historia, de sus prosperidades é infortunios. Para viajar así, se requiere talento vivo y hondo de observación, conocimientos no vulgares de lo pretérito; sensibilidad

exquisita, y el dón combinado del análisis que todo lo ve, y de la síntesis que lo comprende todo en un rasgo, en una frase.

Matilde Serao, en su último libro de viajes, ofrece estudiar de esta última manera el país que ha visitado. No es poco á lo que se compromete.

Y es muchísimo más, si uno piensa que se trata de un viaje á Palestina.

A una nación que ya tenía historia escrita cuando Grecia era todavía una reunión de tribus salvajes; cuando Italia acaso no estaba poblada por el hombre. A la tierra habitada por Abraham; teatro de los horrores de Pentápolis, donde están hoy las aguas dormidas y las desoladas riberas del mar Muerto; conquistada por Josué, gobernada por los Jueces y los Reyes; engrandecida por David y Salomón; ilustrada con los salmos y las visiones de los Profetas. A la patria de Jesús, Hijo de Dios, Dios con su Padre; á la nación donde están Nazareth y Bethlehem, Tiberíades y Jericó; el Tabor y el Calvario.

La Palestina es la cuna del cristianismo. Es la Tierra prometida por Dios á su pueblo escogido; donde las profecías tuvieron exacto cumplimiento; castigada por Tito, conquistada por Godofredo, ganada por los musulmanes; centro del amor y la veneración de todo el Universo.

Cuando vimos el libro de la Sra. Serao, y leímos el prólogo, dudamos de que ella fuera capaz de llenar su cometido. Las obras anteriores de la escritora napolitana, si no hostiles á la fe, revelaban suprema indiferencia religiosa.

El *Viaje al país de Jesús* es un libro sinceramente católico, humildemente piadoso; y es un libro de estilo brillante, fresco, ligero, que se deja leer sin parada desde el principio hasta el fin. El capítulo titulado *La rosa de Jericó*, por ejemplo, basta para una reputación literaria.

Nada hay allí del misticismo falso y contrahecho de D. Juan Valera; ni de la exaltación religiosa postiza de D.^a Emilia Pardo, en la *Vida de San Francisco*.

¿Ya la Sra. Srao era católica piadosa cuando emprendió el viaje á la Tierra Santa? ¿O acaso esa peregrinación despertó en ella la fe de los años primeros?

Sea lo que fuere, es una prueba más de cómo avanza el catolicismo en el mundo, venciendo, sobre todo, las inteligencias más poderosas. Nadie ignora la situación de la Gran Bretaña, donde hace cien años los católicos eran un puñado de fieles, perseguidos, privados de todo derecho, y hoy son doce millones, libres, y que ocupan los asientos de una y otra Cámara, los Ministerios, los Virreinatos, &c. La mayor parte de los convertidos salen de la aristocracia, de las Universidades de Oxford y de Cambridge; y en un libro reciente titulado *Roads to Rome*, el Cardenal Vaughan reunió los testimonios de ciento y tantos convertidos ilustres sobre los motivos que los llevaron á la Iglesia Católica.

En los Estados Unidos las trescientas minúsculas iglesias protestantes se ahogan en la corriente avasalladora de diez millones de católicos, unidos y compactos y que llevan á la propaganda religiosa todo el vigor de aquella raza conquistadora. Más lento, por lo mismo más seguro, es el progreso católico en Alemania y Holanda, Suecia y Noruega. La presencia en esos países de las congregaciones expulsadas de Francia acelerará prodigiosamente el avance.

En el Japón, la tierra ilustrada por las predicaciones de San Francisco Javier, y santificada con la sangre de los mártires indígenas, San Pablo Miki, San Juan de Goto y San Diego Kisai, el catolicismo ha crecido de tal suerte, que León XIII estableció allí la jerarquía eclesiástica, y hoy tienen un Arzobispo, el de Tokio, y tres Obispos, los de Hacodate, Nagasaki y Osaka.

En los países latinos, la invasión de las ideas irreligiosas en las clases media é inferior de las ciudades principales, y las persecuciones promovidas por el fanatismo impío, hacen parecer á esas naciones como enemigas de la fe. Ella, sin embargo, se conserva y se acendra en las provincias, y se gana los entendimientos más nobles y cultivados de la Nación.

Ayer racionalistas, hoy católicos fervorosos y propagandistas infatigables son Brunetière, el príncipe de los críticos franceses, redactor de la *Revue des Deux Mondes*; François Coppé, el más delicado de sus poetas; Bourget, el novelista filósofo, el psicólogo admirable. Con ellos forma el mayor de los dramáticos contemporáneos, Edmond Rostand, no convertido, sino creyente desde sus primeros años, educado en el Colegio Stanislas, bajo la dirección de sacerdotes católicos, fiel á las creencias de su hogar y á las de su colegio, autor de *Cyrano de Bergérac* y de *L'Aiglon*.

Pero el poeta del día en Francia, el que lee todo el mundo, el que reina sin rival, es Luis Le Cardonnel. Empezó á cantar muy joven. Era no sólo mundano, sino *bohémio*, como llaman en París á los que no trabajan, se divierten y hacen versos. Era discípulo de Paul Verlaine, pero no discípulo de pacotilla, de los que imitan al maestro en sus extravagancias sin heredarle el talento. Era decadente, ó simbolista, ó modernista: el nombre no importa, pero con inspiración propia y vigorosa.

Paupérrimo, como suelen serlo los de su especie, un día, después de haber vendido libros y ropa, se halló sin un céntimo, ni modo de adquirirlo. Llevaba más de veinticuatro horas de no comer, cuando se cayó, desmayado de hambre, en la plaza de San Sulpicio. Unas mujeres del pueblo lo alzaron y lo metieron á la iglesia. Al volver en sí se halló frente á un altar, se acordó de sus oraciones de niño y se puso á rezar con fervor. Al salir de la iglesia se encontró con Huysmans, que lo andaba buscando para proporcionarle una ocupación muy grata y productiva. Le Cardonnel se hizo católico; á poco ingresó á un seminario, y hoy es docto y piadosísimo sacerdote.

Los vigorosos estudios teológicos, el estudio de la Filosofía de Santo Tomás, la austera vida sacerdotal, le han disciplinado la mente, y, sin quitarle nada su genio, han podado las ramas viciosas é inútiles de aquel árbol robusto, haciéndole producir menos hojas y más flores, y más hermosas y aromáticas.

Como muestra publicamos en seguida una de sus recientes composiciones, donde advertirá el lector toda la frescura moderna, con una hechura clásica y sobria en la forma:

PRINTEMPS FRANCISCAIN

Pres du cloître où la vigne est blonde de lumière,
Oublieux du cruel passé qui fut le mien,
J'abandonne, en priant, mon âme tout entière
Aux attraites de ce beau printemps italien.

Dans mon ravissement je crois marcher à peine,
Je sens comme bondir la terre sous mes pieds :
Ce matin, dans la claire église franciscaine,
J'ai compris le bonheur des cœurs sacrifiés.

La jeunesse du monde, en sa candeur divine,
Autour de moi remplit l'air brulant et vermeil :
Une autre adolescence éclot dans ma poitrine,
Et je voudrais livrer ma poitrine au sommeil.

J'ai respiré l'esprit de l'insensé d'Assise
Qui tenait aux oiseaux des discours ingénus :
Comme lui maintenant, dans l'ardeur qui me grise,
Je rêve de partir, sanglant et les pieds nus.

Apôtre que Jésus secrètement prépare
Pour qu'il porte la paix à ses frères humains,
Au-devant de celui qui souffre ou qui s'égare,
Je repandrai mon cœur à travers les chemins.

Je serai le semmeur d'immortale espérance
Dont l'hymne vibrant monte avec l'aube du jour,
Et saintement joyeux même dans la souffrance,
J'irai, mon Dieu, j'irai vers l'extatique amour.

Excelente tema de traducción poética para cualquiera de nuestros estudiosos camaradas.

J. B. R.

En el Foro Romano

Sentado aquí, con estupor profundo
Miro las huellas de implacable ruina :
Alto silencio en el lugar domina
Do palpitaba el corazón del mundo.

Allí, surgiendo de entre el polvo inmundo
Rota columna su arrogancia empina ;
Allá, un arco triunfal su dorso inclina
Con el sopor de atleta moribundo.

Entre el bosque de escombros seculares,
El roto rastro de la Sacra Vía,
Como serpiente destrozada, asoma ;

Y aún se ven los graníticos sillares
Por do el soberbio triunfador subía,
Trayendo el mundo hasta los pies de Roma.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Catedrático de Historia de la Literatura



CÓMO SE GRADUÓ

(SOBRE TEMA PROPUESTO PARA UN CONCURSO LITERARIO EN EL
COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO)

I

Queréis, hijos, saber cómo se graduó vuestro abuelito. Eso hace cincuenta y tantos años, á fines del pasado siglo XIX. Para vosotros quinientos años, para mí cinco días. Más tarde entenderéis el distinto modo como computan el tiempo pretérito los viejos y los niños. Lo por venir, y sobre todo la muerte, si son lo mismo para los mozos que para los ancianos : larguísimo el tiempo, enormemente lejana la hora de rendir cuentas.

La primer semana después de llegar á Bogotá, fue para mí como la que pudiera pasarse en la antecámara del Paraíso. Cuando salí solo de la fonda, vestido de nuevo, estrenando desde camisa hasta bastoncillo de junco, á recorrer las calles centrales, únicas en que no tenía miedo de perderme, no me hubiera cambiado ni por el Presidente de la República. Con el sombrero un tantico echado atrás, con paso grave y afectadamente decoroso, marchaba por la acera, tratando de verlo todo, aunque sin mirar mucho, cosa que yo bien entendía ser de gente rústica y primeriza. Iba, sobre todo, fijándome en la ropa de los jóvenes con quienes topaba, para compararla mentalmente con la mía, y observando qué impresión causaba en las gentes mi primera aparición por esas calles. Como yo no era tonto, al volver á casa tenía bien aprendida mi primera lección de Bogotá, reducida á tres puntos: nadie iba estrenando ropa; todos andaban por la calle exactamente con la misma naturalidad que en mi pueblo; ninguno me miró ni pareció advertir que la capital contaba con un personaje más.

Cuando pasé ese día por el atrio de La Catedral, se me acercó un chiquillo de nueve á diez años, descalzo, vestido de un calzoncito viejo y hartó más roto de lo que exige la urbanidad, un chaquetón sobre la piel, y en la cabeza un cono de fieltro gris á guisa de sombrero. Llevaba terciado, colgando del hombro izquierdo, un cajón de madera.

—Mecito, ¿le embolo?

Mis botines americanos, acabados de sacar del almacén, no tenían necesidad de betún ni cepillo. No obstante, me apoyé de espaldas contra la fachada de La Catedral, puse el pie sobre una tablilla en forma de suela de zapato que el cajón tenía encima, y encendí un cigarrillo, sin más arreglo que desdoblarle las puntas. No sé por qué me acuerdo de este detalle, ni para qué os lo refiero.

—Padre abuelo, ¿cuántos años tenía usted entonces?

—Algo más de los que tú cuentas ahora: me parece que iba á cumplir los diez y siete.

El lunes siguiente, después de almorzar, un primo de mi padre me condujo al Colegio del Rosario. Yo había estudiado, como externo, en un colegio que abrió aquí, por los años de mil ochocientos ochenta y tantos, un particular. Pasé por buen estudiante, y gané premios todos los años. Llevaba á Bogotá certificados muy honrosos, aunque, tratándose de algunas de las materias que había cursado, mi conciencia no estaba de acuerdo con las certificaciones. Iba yo á *concluir literatura*, como decíamos entonces, para seguir luégo estudios profesionales que me alcanzaran el grado de Doctor. Tales eran los anhelos de mis padres, y los míos también, hasta entonces.

Mi temperamento nervioso, fuente principal de todas las alegrías y penas de mi juventud, no dominado aún por la razón y los desengaños, me ponía lentes de aumento ante los ojos del alma. Estuve la víspera y la mañana de mi entrada al Colegio, inquieto y azorado. No por el Colegio mismo, que me figuraba sin vacilar igual al de mi pueblo, sino por el recibimiento que me hicieran el Rector y los camaradas; el Rector, sobre todo. Veterano como era yo en achaques de régimen escolar, sabía lo que importa el genio y carácter del Jefe del *plantel*, como decía en sus discursos mi antiguo Director.

El Rector es la sombra del estudiante, pensaba yo, el que dicta casi todas las clases, el que vigila los pasos y las formaciones, regaña, castiga y expulsa.

Llegamos con el tío, que iba á matricularme en el Colegio con la misma despreocupación de quien consigna por cuenta ajena una suma en el Banco, á la puerta del Rosario. Alcé á mirar si el letrero estaba pintado sobre la puerta en la pared, ó con letras de oro en una tabla barnizada. Nada de eso: un escudo macizo de piedra, con unos dibujos tallados. Pasando el enorme portón, entrámos á lo que yo creí una salita, y resultó el zaguán; enfrente otra puerta grandona, y encima una losa de mármol con una inscripción en letras mayúsculas. Sabía yo bastante latín para comprender

que aquello era escrito en esa lengua, pero no lo suficiente para traducirlo.

El claustro, gracias á mi fantasía, me pareció tan grande como una plaza. Subimos la anchísima escalera de piedra. En el segundo tramo había unas letras de oro que decían *Caldas*, y una fecha. Mi tío me explicó á la carrera que aquello era un recuerdo del día en que el ilustre sabio bajó por esa misma escalera para ir al patíbulo, á morir por la Patria.

Recorrimos un ancho y largo corredor, en cuyo extremo había una puerta con marco muy adornado, y con un letrero blanco sobre una placa de porcelana azul que decía: *El Rector*. Entramos, sombrero en mano, á una salita, de suelo entablado, pintado íntegramente de rojo. Al rededor había muchas personas: señoras, caballeros y jóvenes. Las paredes estaban cubiertas de retratos al óleo en marcos dorados. Unos grandes, otros chiquitos, éstos de cuerpo entero, aquéllos de cintura arriba.

Las vestimentas como en baile de disfraz: clérigos, generales, magistrados de toga y golilla. Los demás con levita ó frac negro, desde los de última moda hasta los de cuello levantado y altísimo, que les hacía á los dueños cosquillas en las orejas. Me parecieron todos esos señores muy feos y muy serios. Todos tenían, ó puesta, ó en el pecho, ó sobre un mueble al lado, una cinta blanca, anchota, con un garabato negro á modo de una cruz mal hecha. Mi tío me advirtió que esos eran los *hijos ilustres del Colegio*.

Por riguroso turno iban entrando los señores al aposento vecino. Llegó nuestra vez, y penetrámos. El salón era clarísimo, alumbrado por el frente y el costado por grandes ventanas; en el fondo había un escritorio, y sentado detrás del escritorio, dando la cara á la entrada, vi á un sacerdote. Me pareció viejo, porque los muchachos fijan el principio de la ancianidad en los treinta años. Cuando yo cumplí los cincuenta, advertí que el Rector, en aquella época, era joven todavía.

Se levantó al vernos, saludó á mi tío dándole la mano y á mí con una inclinacioncita de cabeza, nos indicó con la mano dos sillas á su derecha, nos sentámos, y sin prólogo, sin preguntarnos por la familia, sin informarse de dónde éramos ni cómo nos llamábamos, empezó:

—¿Usted viene á poner este jovencito en el Colegio?

—Sí, Su Reverencia.

Sonrióse y siguió:

—¿Interno?

—Sí, Su Paternidad.

—¿Tiene usted los certificados?

Yo me puse en pie, metí la mano temblorosa al bolsillo de pecho, saqué los papeles y se los entregué al Rector.

Los recorrió rápidamente con la vista, abrió un librito ancho y corto, forrado en cartón verdoso, escribió unas líneas, arrancó la mitad de la hoja, se la alargó á mi tío, se levantó para saludar á una señora que apareció en la puerta, y nos dijo en tono de despedida:

—Lo demás se lo arreglan á ustedes en la Secretaría.

Salimos al corredor.

—Pero tío, ¿qué es lo que yo voy á estudiar?

—Ahí dirá en el papel.

Me lo alargó y siguió como disparado escaleras abajo.

Lo dejé que se marchara y me paré á leer con la mayor atención. Era una orden al Secretario del Colegio para que matriculara al *Señor Don* Fulano de Tal, en cuatro clases que se enumeraban allí, y que maldita la gracia que me hicieron. Una de ellas era la de Sintaxis latina. Advertía el papelito que yo iba al Colegio en calidad de *convictor*.

¡Virgen de Chiquinquirá! Y yo que desde antes de salir de mi tierra tenía ya determinadas las materias que deseaba estudiar! Que había venido preparando por el camino los argumentos con que debía convencer al Rector de que los cursos que me convenían eran los de Moral, Retórica y Teología de Libros! Lo de que me llamaran *Señor Don* no me disgustaba, pero aquello de que yo debía ser admitido en

calidad de *convictor*..... Unos momentos me sonaba la palabra á honra señalada, otros á situación ignominiosa, por debajo de todos los demás estudiantes. Convictor, comendador convictor, convicto. *Reo convicto y confeso*, decía mi padre hablando de un redomado pícaro que estaba en la cárcel de mi pueblo.

Cuando llegué á la puerta de la Secretaría, que estaba en la planta baja, ya mi tío había pagado la pensión, había firmado en blanco la diligencia de matrícula para que el Secretario la llenara después, y se había marchado á abrir el almacén.

Aquella tarde, después de que un empleado recibió mis trastos y los puso en sus respectivos lugares, me encontré, ya sin sombrero, en el claustro principal del Colegio. Fue la primera noche tan amarga como la que se pasaría en la antecámara del Purgatorio.

Como los estudios no se habían abierto sino la víspera, sólo había treinta ó cuarenta alumnos. Unos estaban jugando en el patio, otros formando grupos en los ángulos del claustro, otros paseándose y conversando gravemente. Me recosté contra uno de los pretilos de piedra y me puse á mirar arriba. La tarde estaba despejada, limpio el cielo, pero hacía tanto frío, y más frío en el alma que en el cuerpo. No rompí á llorar porque ya era hombre, y tía Nicolasa decía que un hombre no llora aunque se vea con las tripas afuera.

Por fin, un joven, que sería más caritativo que sus colegas, se me acercó y empezó por preguntarme de qué tierra era yo. Le respondí y empecé á mi turno á interrogarlo. A mí dos cosas me importaban ante todo, pero había que descubrirlas diplomáticamente, sin ponerme en ridículo, sin dejar muy á la vista mi ignorancia.

—¿Usted ha estado en el Colegio en los años pasados?

—Con éste ya llevo tres.

—Es decir, dos.

—Entre estudiantes hay una regla: año empezado, año acabado.

—Y..... ¿usted también es convictor?

—¿Y si nó?

—¿El año pasado hubo muchos convictores?

—Todos, menos los colegiales. Ah! y también los oficiales, pero esos son poquitos.

El aire, que desde medio día no me pasaba de aquí, penetró hasta el fondo de los pulmones.

—¿Y es sabroso ser convictor?

—Lo mismo que ser colegial, es decir, casi. Pero, ante todo, ¿quiere que nos digamos de *tú*?

—Con mucho gusto.

A todas éstas, ninguno de los dos sabía cómo se llamaba el otro.

—Pues bueno. La diferencia es ésta:

Aquí empezó á llevar la cuenta, tocando sucesivamente con el índice de la mano derecha los dedos de la izquierda.

—Que en misa no quedas en las bancas de adelante; que cuando toquen á reunión de capilla te quedas quietecito en el estudio; que no te sientas en el sofá del Libertador en el Aula Máxima; ni en el refectorio en la mesa traviesa, y que no representas al Claustro cuando tenga asistencia.

Me volví á acongojar. No sólo estudiar aritmética analítica y sintaxis latina, sino vivir oyendo hablar griego, aun á los amigos íntimos con quien uno se tatea. Porque griego, y peor que griego fue aquella explicación para mí. Resolví, no obstante, emprenderla con el segundo problema.

—Y el Sr. Rector, ¿dónde está?

—Estará predicando, ó paseando, ó en su casa, ¿para qué lo necesitas?

—Pero, ¿quién nos cuida?

—*Mio caro*, aquí cada uno se cuida. Teniendo uno *monis* y quien le compre el *comiso*.....

—Ya sé, pero, ¿quién manda aquí?

—Las constituciones y la lengua de Fray Cristóbal.

—¿Cuál Fray Cristóbal?

—Fray Cristóbal de Torres, el Arzobispo que fundó este colegio.

—¿Y la lengua dónde está?

—Mírala, me dijo, y me mostró una campana grandecita colgada de un travesaño de madera en el ángulo superior del claustro.

—Bueno. Pero supongo que habrá necesidad de dar ciertas órdenes, digamos reglamentos; que si uno comete faltas graves lo expulsan. ¿Eso también lo hace la lengua?

—Eso le toca á la Consiliatura.

—¿Quién es ésa?

—Tres viejitos que fueron colegiales hace mil años. De golpe se aparecen, se encierran en el salón rectoral, salen muy serios, y uno es el que las paga.

—Y el Rector, ¿no regaña?

—A los estudiantes, nó; pero en la capilla á veces hace unas prédicas.....

—¿Y es bravo?

—Bravo callado.

—Menos malo; pero, ¿cuál es su oficio?

—Él poco se mete con nosotros, pero nos sabe hasta los pensamientos. Lo que tiene es que se hace á veces el ignorante, porque la verdad es que nos quiere mucho y nos tiene lástima.

En esto se nos acercaron otros estudiantes, y supe que los trabajos de la noche iban á empezar, rezándole el Rosario á la Bordadita.

Aquí la narración, cuando la más chiquita de las nietas interrumpió diciendo:

—Yo sé quién es la Bordadita.

—A ver, dínoslo.

—Pues es mamá linda, y que la Reina la pintó, y que se la regaló al colegial, y que yo tengo que quererla.

—Ven acá, picarona, á que te dé un abrazo por ese discurso tan elocuente.

Me figuraba yo la capilla un salón habilitado de oratorio: era una verdadera iglesia, tan grande como la de aquí, pero más alta, muy aseada, muy adornada y muy linda. En

el centro del altar mayor, en un marco antiguo, ricamente tallado y dorado, estaba una imagen de la Virgen del Rosario, descolorida y marchita. La alumbraban dos cirios muy altos, colocados en candeleros de metal. La verdad, que casi no recé. ¡Estaba tan triste! A la salve, sí puse las manos é invoqué á Nuestra Señora de todo corazón, y me pareció que la imagen me estaba mirando y sonriéndose conmigo.

El momento peor fue la hora de acostarnos. Entrámos en silencio sepulcral al dormitorio, tan largo, tan ancho, con sus dos filas interminables de camas, todas igualitas. Un joven, que iba delante de nosotros, encendió una bujía larga encerrada en un farolón forrado en una tela verde. Rezó luego unas oraciones, á que respondimos todos, y nos acostamos. Creo que á los dos minutos todos estaban dormidos. Yo no. Las camas con los cuerpos inmóviles, se me figuraban dos ringleras de ataúdes; la luz indecisa del farol, las sombras fantásticas que proyectaban las vigas, me daban miedo, y para más horror, mi vecino de la derecha era un muchacho muy gordo, que dormía boca arriba, con los brazos fuera de las sábanas, con los ojos abiertos como los conejos, y daba de cuando en cuando unos resoplidos!

Un rato después sonó un campanazo, como el que usan en la parroquia para anunciar que un cristiano ha muerto; y otro, y otro, hasta seis. Yo sabía cómo pasaba el tiempo, porque oía cada cuarto de hora el reloj de la vecina torre de San Francisco. Así estuve hasta las doce; después me dormí, pero más me hubiera valido estar despierto.

Soné que estaba en la plaza de mi pueblo, en el momento de salir de misa rezada. Todos los vecinos formaban corrillos, llenos de cordialidad y buen humor. Sonó cerca el redoble de un tambor, y desembocó por la esquina de la plaza un batallón. No eran soldados sino los personajes retratados en el salón rectoral.

A la cabeza iba un General con dos ojitos como cuentas negras de vidrio, y una cara tan colorada como sus pantalones de grana. La víspera le había oído decir á un se-

ñor de los que estaban esperando que ese era "Maza, el ángel exterminador de las huestes españolas."

Le pregunté al Personero Municipal á qué vendrían esos señores; y él, con las manos debajo de la ruana y mascando un cabo de cigarro que tenía en un ángulo de la boca, me respondió con la mayor frescura:

—A afusilarlo á usted.

—¿Qué crimen he cometido? ¿Por qué me van á fusilar?

Y toda la gente que había en la plaza empezó á gritar en coro, con el sonsonete de la escuela:

—Por convictor! por convictor!

Traté de correr, pero las piernas me pesaban como si fueran de plomo.

En esas me hallé subido sobre el altar de la capilla. La Bordadita no era una tela sino una imagen de bulto y de tamaño natural. Me prendí del manto de la Virgen y empecé *Dios te salve Reina y Madre*. Ella cogió un cordón de seda y empezó á repicar una campana.

Me desperté sentado en la cama, sudoroso y con el cuerpo tan molido como si me hubieran apaleado. Los demás estudiantes se estaban moviendo ya, y la campana continuaba repicando sin cesar. Era hora de levantarse para empezar tareas.

Quince días después estaba yo en el colegio como en mi casa, feliz en cuanto cabe dicha en este valle de lágrimas.

A medio año, gracias á la crianza, esmeradísima, que yo había recibido de mis padres, al trato con jóvenes de todos los Departamentos de la República, al influjo irresistible de la capital y á las relaciones con dos ó tres familias distinguidas, había adquirido todos los perfiles de una perfecta educación social, y podía pasar por bogotano *pur sang*, nacido en casa alta del barrio de La Catedral.

Nos hacen á los viejos el cargo de repetir unas mismas historias. Para no incurrir en él, no os contaré una vez más los episodios de mi vida de colegio.

¡Ah tiempos, los más felices de mi vida!

Su solo recuerdo me embalsama el espíritu y me ha servido para llevar con valor las grandes penas de mi existencia llena de luchas y desengaños.

II

Una de las familias con quienes tuve la fortuna de relacionarme fue la del Dr. X, paisano y condiscípulo de mi padre y colega suyo, años atrás, en la Cámara de Representantes.

Aunque pertenecían los dos á distintas parcialidades políticas, la buena amistad que los unía no se había resfriado jamás, gracias á la mutua y cordial estimación que se profesaban.

El Dr. X, después de haber figurado con honra en la magistratura y la administración públicas, se había retirado de la política batalladora, sin desentenderse por ello de la marcha de los asuntos públicos; y ese retiro, lejos de amenazarle el prestigio, se lo acrecentó entre amigos y adversarios.

Era hombre rico; pero ni ostentoso ni esclavo del dinero; había leído mucho y digerido las lecturas, pero no hacía gala inoportuna de su saber. Refinadamente culto, con aquel género de buena educación que no lo parece ni se deja sentir, se hacía simpático en sumo grado para sus escogidas y no muy extensas relaciones.

Una sola cosa tenía para mí desagradable: una imperceptible sonrisita burlona que le pasaba á veces como un relámpago por los labios.

Después de la muerte de su esposa, sucedida diez años antes, no pensó jamás en nuevo matrimonio, pero tampoco disolvió su casa. Siguieron haciendo las veces de la madre las hijas mayores, dos esbeltas y hermosas muchachas rubias, tan hacendosas de puertas adentro, como elegantes en las ocasiones, no muy frecuentes, en que asistían á las fiestas mundanas.

Tenían un hermano, que estaba estudiando en Europa ; y una hermanita, de catorce á quince años, la criatura más linda y agraciada que yo he visto en toda mi vida. Formaba en lo físico, con las mayores, un contraste primoroso. La llamaban, por cariño, Nenita.

—¿ Y cómo era ?, preguntó una chiquilla de doce años que había oído, sin moverse, la relación del abuelo.

—Muy parecida á ti ; mejor dicho : tú eres el vivo retrato suyo. Por eso te quiere tanto tu abuelito.

La niña abrió los ojos, negros y brillantes como los de las Vírgenes de Murillo, y se pasó la mano por la abundante cabellera de ébano, que, á pesar de estar sujeta por una cinta encarnada, se escapaba por todas partes formando rizos.

Después se quedó quietecita para seguir oyendo.

Si mi educación social iba tan bien, como os dije antes, no puedo de la intelectual deciros lo mismo. Estaba enseñado á que me obligaran á estudiar, á que me tomaran todos los días íntegra la lección, á que anotaran el resultado cada vez, lo promulgasen todos los sábados, y me premiaran ó me castigaran al día siguiente. Ahora ya nadie se me acercaba en el salón á gritarme *estudie*. Si no le respondía al Catedrático, él empezaba á explicar de nuevo : nada de notas malas, de castigos por no saber las lecciones. Hasta me asombraba yo de ver tantos jóvenes clavados sobre los libros como si en ello les fuera la vida. Si había quienes se pasaban los domingos estudia que estudia, repasa que repasa !

Además, yo tenía amigos, no muchos ni de los peores, porque siempre me repugnó la vulgaridad, gracias á Dios ; y en Bogotá hay tanto bueno y no tan bueno en qué entretenerse uno los domingos y demás días de asueto.

No era yo lo que se llama en los colegios un perdido ; eso no. Ni tenía mal comportamiento, y la prueba es que nunca me encerraron ni me dejaron sin salir los domingos. Pero, al fin del año, no me calificaron de conducta *óptima*, sino sólo de *buena*, y no obtuve en los exámenes ni un *cinco* :

cuatros y treces, lo estrictamente necesario para seguir el año subsiguiente.

A Nenita no la vi aquel año sino dos veces : el día que me presenté en la casa con la carta de recomendación de mi padre, y el domingo, víspera de mi entrada al colegio, que la encontré con sus hermanas al salir de misa de nueve de La Tercera. Dos días después la pusieron interna en un colegio de monjas, donde había estudiado ya los años precedentes.

Terminó aquel primer año escolar, y me presenté por la noche en casa del Dr. X, á pedirle órdenes para mi tierra.

Me enseñaron los premios y medallas que Nenita había recibido en el convento, y me preguntaron por mis diplomas y certificados. Tenía y tengo muchos defectos, pero no el de ser mentiroso. Sin embargo, el Señor me lo haya perdonado, respondí con aplomo que en el Colegio del Rosario no se daban premios. Aquí vi pasar la sonrisita por los labios del doctor. Certificados de examen sí se expedían, claro estaba, pero el Secretario del Colegio no me había despachado los míos. ¡ Como eran tantos los que tenía que escribir ! ¡ Oh Secretario !, digo ahora parodiando á Madame Roland, ¡ cuántos embustes se cohonestan con tu nombre !

Por fin, después de un viaje fatigoso, alcancé á divisar entre los árboles la torre de mi pueblo.

Apreté el paso á mi cabalgadura.

El puente sobre la quebrada.

Al verme, todos se mostraron regocijados en las calles y me saludaron por mi nombre, chicos y grandes, pobres y ricos. Llegó á la puerta de casa, oigo un grito :

—Ya está aquí.

Aparecen mis padres y hermanos, radiantes de contento. Los criados se mantienen atrás, esperándome también. Me apeó de un salto y caigo en los brazos de mis padres que me estrechan á un tiempo.

Después la comida, en mi sitio de antes. Yo tengo la palabra, para contar de la capital y del colegio. ¡ Mi postre predilecto !

Por la noche mi alcobita, contigua á la de mis padres, zahumada con alhucema. Y al día siguiente la despertada á las siete de la mañana, no con el esquilón del colegio, sino con un beso de mi madre.

Mientras me bañaba y me vestía, viendo, al través del postigo entreabierto de la ventana, los campos cuajados de rocío, oyendo el mugir del ganado en el corral vecino, pensaba que Bogotá es ciudad horrorosa, con sus calles estrechas, sus empedrados cubiertos de lodo, su falta de aire respirable, el ruido de los carruajes, los gritos de los vendedores de periódicos; que las modas ciudadanas son ridículas y estorbosas, los amigos falsos, las diversiones empalagadoras. Repasaba en la mente el *Beatus ille* de Horacio, que había aprendido á traducir á tropezones, y que ahora entendía y gustaba por la primera vez. Vivir, vivir siempre en el campo; pero que pusieran la Bordadita en la iglesia parroquial, y que el Dr. X. se viniera á vivir con su familia á la casa alta de la plaza.

La voluntad humana, sobre todo en la juventud, es muy variable. A los dos meses ya estaba en Bogotá, hechizado con todo lo que allí se ve y se oye, vestido con esmero, cultivando los amigos, buscando los entretenimientos urbanos. Entré de nuevo al Colegio, ya veterano; pero acordándome de mi estreno, traté de endulzarles á los noveles las tristezas de la primera tarde. Si mi aplicación al estudio había sido tan deficiente el año anterior, en este segundo dejó mucho más que desear. Ensanché el círculo de mis amigos; le pedía por semana al acudiente el dinero que antes me bastaba para un mes; logré que muy á menudo fuera á sacarme del Colegio en día de trabajo, ya para ir á casa del dentista, ya para probarme un vestido. Tenía tres nuevecitos, fuera del de uniforme, y mis compañeros llamaban á mi baúl el *gran surtido de corbatas*. Me dejé crecer el cabello á modo de tenor de ópera ó de poeta despechado.

En las clases poco atendía y no llevaba apuntes, y aprovechaba toda ocasión decorosa para eximirme de asistir. En

el salón de estudio destinaba buenos ratos á leer, á hurto del vigilante, versos de periódico y novelas escabrosas. ¿No decía el catedrático de Retórica que el único medio de adquirir buen estilo es familiarizarse con los grandes modelos? Di también en perpetrar versos. No iban dirigidos á Dios, ni á lo Virgen, ni á la Patria, ni á mis padres, ni siquiera á Nenita; no eran descripciones de la naturaleza, ni alabanza á la hermosura; nó, señor; eran escenas de pesadilla, atrocidades que yo no había cometido ni pensaba cometer, amargas hondas, hastíos y desencantos, y todo con los términos más graciosamente disparatados. Mi obra maestra se titulaba *Rayos de acibar*. Empezaba así:

En las florestas gélidas, las anémicas lianas
Frenéticas se abrazan con muecas epilépticas;
Con muecas epilépticas, á los dardos violetas del sol.

—¿Eso qué quiere decir?, abuelito.

—Hijo, lo mismo me preguntó, en mucha confianza, uno de mis condiscípulos, no iniciado todavía en los secretos de la poesía de entonces. Porque nosotros sosteníamos que el arte no es para el vulgo, y que basta que unos versos le gusten á la gente para que deban tenerse por rematadamente malos.

—Y usted ¿qué le contestó?

—Que en Noruega, cuando llega el invierno, los bejucos que hay en los bosques se empiezan á secar por falta de savia. Personifico los bejucos—lianas—cometiendo la figura que llaman los clásicos prosopopeya. ¿No has visto que los chamisos secos á veces parecen caras haciendo gestos como los que padecen gota coral? Pues figúrate cómo se abrazarán enloquecidos al ver que se van á morir. Para que la escena resulte más melancólica, la pongo á la hora del crepúsculo. El cielo se tiñe en Occidente de colorado, y esa tinta se combina en la retina del ojo con el azul del resto del cielo, y tú comprendes, mezclando rojo y azul sale morado, ó violeta, que es lo mismo.

Lo que iba peor era el estudio del Algebra. Desde el primer día, con la enérgica tenacidad de la pereza para no hacer las cosas, resolví que yo no podía aprender aquéllo. Ni oía las explicaciones, ni cogía en mis manos libro ni pizarra. Mi conciencia se enfadaba, y yo armaba con ella unas trifulcas! Discutíamos, por lo general, á tiempo de acostarme, y yo la calmaba de pronto con tres soberbias razones. El texto era oscuro: eso nadie lo podía negar; no le da Dios á todos iguales talentos para las diversas ciencias, y yo que tenía facilidad para la Literatura, era un asno para las Matemáticas; y ¿qué tiene que ver el Algebra con la carrera en que yo pensaba graduarme?

Pasados los asuetos de Julio, me persuadí de que no podía presentar exámenes al fin del año. En Retórica, tal vez, conversando un poco y supliendo con el desenfado lo que me faltaba; en Lógica, acaso me tocara el principio de autoridad, porque si salían las figuras del silogismo..... Pudiera ser que en Física me preguntaran lo de las nubes: cirro, estrato, cúmulo. Pero en Algebra, ¡Dios santo! Ni sumar A con B.

Empecé á acariciar entonces la idea de salirme del Colegio, dejar los estudios y dedicarme á trabajar. Me confirmó en este luminoso proyecto un sermón que le oí al Sr. Rector un domingo en La Catedral. Habló sobre la educación. Reprobó la conducta de los padres de familia que se empeñan en hacer sabios á sus hijos, aunque carezcan de dotes para los estudios: mi caso con el Algebra precisamente; dijo que el país necesitaba de pocos doctores pero doctos de veras; y acabó afirmando que una nación, compuesta sólo de abogados y médicos, sería la más infeliz de la tierra.

Por supuesto que la palabra *trabajar* no representaba para mí ningún oficio mecánico. No faltaba más sino que un joven de mi posición fuera á manejar el hacha ó á dirigir un arado. Tampoco entraba en mi plan irme á gobernar alguna de las haciendas de mi padre. Trabajar, pero sin salir de Bogotá. Dependiente ó empleado, eso sí no. El que tiene suel-

do fijo se acostumbra á él, y nunca economiza ni hace capital. Yo me informaría sobre el trabajo de los jóvenes elegantes que solía ver por las tardes en los balcones ó formando corros en las esquinas de la calle real.

A principios de Octubre, el Dr. X. me invitó á un examen que iba á presentar Nenita en el convento. Había terminado los estudios que allí se dictaban; la interrogarían sobre todas las materias que había aprendido para darle un diploma de *instrucción suficiente*. Después iríamos á la casa á celebrar tan feliz acontecimiento con una comida de familia. Ya el Sr. Rector había dado el permiso para que yo saliera desde medio día y pernoctara fuera del colegio.

Duré más de una hora vistiéndome y acicalándome, y un cuarto antes de las dos iba bajando la escalera, acabando de calzarme los guantes. Fuera de los demás motivos de contento, tenía el de ver de cerca un colegio de monjas. Yo las estimaba y respetaba mucho, eran unas santas, pero aquello tendría su puntica de ridículo, y la ciencia que enseñaran debía de ser tan elemental y anticuada.

Presenté á la portera mi tarjeta de invitación, convidóme ella cortésmente á que pasara adelante, seguí tras de un caballero y una señora que habían entrado antes que yo; subimos escaleras, atravesamos claustros y pasadizos en direcciones distintas, y llegamos á la puerta transversal de un vasto salón. Frente á la entrada había un dosel de damasco encarnado para el Sr. Arzobispo; á derecha é izquierda sillas de brazos, todas iguales, forradas en baqueta de Córdoba, y en ellas canónigos, dos magistrados de la Corte Suprema, un ministro de Estado y otros señores de respeto. A lo largo de la sala varias filas paralelas de silletas de mimbre, ocupadas por caballeros y señoras; en el fondo, en bancos puestos en anfiteatro, dando la cara al público, las educandas, vestidas y peinadas con la más perfecta uniformidad. Delante de ellas, un espacio vacío, tapizado con una riquísima y antiquísima alfombra quiteña. A la izquierda de ese que llamaremos prosenio, un piano de cola. Las paredes esmeradamente blan-

queadas con cal y adornadas con varios cuadros místicos al óleo, de mérito muy desigual.

La religiosa que introducía en la sala, ó bien por mis relaciones con la familia X., ó por el escudo del Rosario que yo llevaba puesto, me señaló asiento en la fila de los personajes. Entré bastante azorado, pero un momento después tomé un airecillo impertinente de protección medio burlona: el del insigne orador parlamentario que se dispone á escuchar el discurso de un alcalde de monterilla; el de un general vencedor que va á presenciar una revista de milicianos.

Una monja viejecita, supongo que la Superiora, después de pedir la venia del Sr. Arzobispo para comenzar la fiesta, tocó una campanilla. Se acercó entonces al piano otra monja, joven todavía y no mal parecida, de una blancura mate semejante á la de la plata sin bruñir. Me enderecé en mi silla para ver si sorprendía en el Dr. X. la sonrisita aquélla. Nada, tan serio como si estuviera presidiendo el congreso.

Desde que la monjita puso las manos en el teclado, sentimos que dominaba en absoluto el instrumento. Tocó una sinfonía alemana, difícil en sumo grado y con tal maestría, como yo nunca había oído en los salones. Unas señoras dijeron en voz baja que la pianista era una señorita de ilustre familia, educada en Europa, y que en el mundo era tenida por artista consumada. En seguida un grupo de niñas cantó perfectamente un primoroso himno religioso, á dos voces. Si hubiera tenido yo un espejo al frente, me habría asombrado del cambio de mi actitud y expresión.

Pusieron un asiento en mitad del espacio libre; Nenita se levantó de su puesto, se santiguó rápidamente, y vino á sentarse en el banquillo aquel. No parecía cortada, ni presumida tampoco; tenía la naturalidad que es signo de la perfecta modestia que se ignora á sí misma.

Empezaron á preguntarle sobre religión. Al principio cosas que yo sabía muy bien; pero después habló de libros protocanónicos y deuterocanónicos del Antiguo Testamento, los enumeró, dijo sus autores ciertos ó probables; explicó

por qué los tres primeros evangelios se llaman sinópticos, y sobre qué versan las epístolas canónicas de Santiago, San Pedro, San Juan y San Judas. Yo me sentía desazonado y nervioso.

Otra monja la mandó pasar al tablero. Rogó á uno de los señores que le dictara una frase á la niña. Ella fue escribiendo en correcta y elegante letra inglesa. ¡Y yo que mandaba tarjetas con recados, de mi letra torcida é infernal, á la casa del Dr. X. ! Nenita analizó la frase lexicográficamente; á propósito de un relativo que se halló, explicó el empleo del pronombre *que*, y cuándo su uso es galicado. Pasó, por insinuación de la maestra, á los del gerundio, y luego al significado alegórico de los tiempos del verbo. No había aprendido yo en el colegio de mi pueblo sino un epítome de gramática, que mi preceptor calificaba de *curso segundo de castellano*.

Hizo Nenita con una oración francesa que le dictaron, lo que había hecho con la española; tradujo de aquel idioma á éste; y en seguida empezó á escribir en francés lo que uno de los concurrentes le iba diciendo en nuestra lengua. De cuándo en cuándo la monjita le decía: *Fíjese*; ella se detenía un momento, movía la cabeza en señal de afirmación, borraba rápidamente, volvía á escribir y explicaba en qué había consistido el error. La examinaron sobre otras materias, hasta que la Superiora, mirando un papel que tenía delante, dijo: Álgebra.

—Pase al tablero, dijo otra monja. Si dos números p y q (de signos cualesquiera) sustituidos en lugar de X

De lo demás de la función poco me acuerdo. Creo que hubo recitaciones y diálogos y música y distribución de premios. Yo estaba anonadado, como un pobre infeliz que va en busca de un tesoro y se halla en la mitad del camino con un río caudaloso, sin puente y sin barca. Había aguardado aquel día como uno de los más felices, y ahora me provocaba decir que me sentía muy mal, y no habría mentido, é irme al Colegio y encerrarme en el calabozo y pasar en él la noche sin comer y sin cama en qué acostarme.

Al llegar á la casa apenas logré disimular mis impresiones. En la comida Nenita me dio el golpe de gracia. Le preguntaron si se había asustado mucho.—Algo, eso es tan natural. Pero le había pedido tanto á Nuestra Señora en la comunión de la mañana, y además las Madres le habían mandado que no tuviera miedo. A ella no la intimidaban mucho el Sr. Arzobispo y los otros caballeros, porque están acostumbrados á oír exámenes de niñas, y tampoco se fijan mucho. Lo que más la había cortado era yo, que tenía todo tan presente. ¡Cómo me habría parecido de infeliz su examen, estando en vísperas de ser bachiller del Colegio del Rosario!

Pasé la noche en casa de mi acudiente, sin dormir, cavilando y resolviendo. Mi conciencia ya no discutía conmigo, antes me ayudaba á pensar. Lo que era el Algebra eso ya no tenía remedio por aquel año, pero en las otras clases era preciso obtener el número cinco. Para ello estudiaría el mes que me quedaba, como loco, sin descanso, aunque me costara la vida. ¡Cuánto mejor morirme que dejar de presentar exámenes ó que perder todos los cursos de aquel año!

Como lo dije, lo hice. Aquel mes se pasó como un relámpago. Llegó el 31 de Octubre, antevíspera del día en que comenzaban los exámenes. ¡Qué distante estaba yo esa mañana de sospechar lo que me esperaba, y el nuevo curso que iba á tomar mi vida!

(Concluirá)

COLEGIAL

CRONICA DEL COLEGIO

No vamos á empezar nuestra crónica *a gemino ovo*, ó como quien dice, desde la fundación del Colegio, “cosa que nos llevaría demasiado lejos,” como dicen algunos periodistas; pero sí le daremos principio desde mediados del finado año de 1904.

*** A fuer de estudiantes educados y agradecidos á quienes nos hacen bien, saludamos al iniciar nuestras tareas.

al Sr. General Rafael Reyes, Patrono del Colegio, al Ilmo. Sr. Dr. Bernardo Herrera Restrepo, Rector honorario, á nuestros superiores y condiscípulos, y á todos los hijos del Colegio, que nos precedieron en los bancos de las aulas. Con la timidez de quien alterna por vez primera con gente ilustre, enviamos cordial saludo á la prensa periódica de la Capital y de los Departamentos.

*** Presentamos nuestros homenajes al Excmo. Sr. Dr. Francisco Ragonesi, Arzobispo de Mira y Enviado Extraordinario y Delegado Apostólico ante el Gobierno de Colombia.

*** Por Agosto del año pasado, recibió nuestro digno Rector una valiosa distinción que rara vez se concede. El Papa Pío X le otorgó, por privilegio, el grado de Doctor en Teología. Como los honores que se tributan al maestro redundan en brillo de los discípulos, todos recibimos con júbilo la distinción hecha á nuestro superior; y más por tratarse de quien es no sólo Rector, sino camarada y amigo de sus discípulos. Las Letras de la Congregación de Estudios, traducidas al castellano, dicen así:

SAGRADA CONGREGACIÓN DE ESTUDIOS

Como conste por respetables testimonios que el Reverendo Sr. D. Rafael María Carrasquilla, Canónigo de la Iglesia Metropolitana de Bogotá, es varón importante por la integridad de sus costumbres, su celo por la Religión y su amor á la Sede Apostólica; y que en las ciencias teológicas que ha enseñado con aplauso por largo tiempo, es de tal manera versado que merece ser condecorado con los laureles de Doctor, esta Sagrada Congregación de Estudios, usando de las facultades que benignamente le ha concedido Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío X en la audiencia de cinco de Marzo, lo crea y lo proclama Doctor en Sagrada Teología, con todos los derechos y privilegios de que gozan los que rectamente han sido elevados á semejante grado de honor en las Universidades canónicamente erigidas; con tal que haga la profesión de la fe ante el Arzobispo de Bogotá, según la fórmula

prescrita por Pío IV y Pío IX y la confirme con juramento. Además, como interese en gran manera que este honor que mercedamente recibe, sea de todos conocido, esta Sagrada Congregación de Estudios le concede gustosa estas Letras testimoniales, selladas por el Eminentísimo Sr. Cardenal Prefecto. Sin que obste cosa alguna en contrario.

Dado en Roma, en la Secretaría de la Sagrada Congregación de Estudios, el 7 de Marzo de 1904.

(L. S.)

F. CARDENAL SATOLLI, Prefecto

A. DANDINI, *Secretario*.

* * El segundo domingo de Octubre celebramos la fiesta de *La Bordadita*. Dijo la Misa el Dr. Eduardo Maldonado Calvo, Cura de San Pedro, y grande amigo del Colegio. El Seminario Conciliar quiso coadyuvar á nuestra fiesta, y nos envió su excelente coro de cantores, dirigido por el Maestro, Sr. D. Carlos Umaña, Presbítero. Ejecutaron la gran misa de Gounod, de un modo insuperable. Nos honraron con su presencia las altas autoridades de la Iglesia y el Estado, y *l'élite* de la sociedad intelectual bogotana, damas y caballeros.

Predicó el sermón el Sr. D. José Eusebio Díaz, antiguo colegial de este claustro, ahora Canónigo de Bogotá y Vicerrector del Seminario. Nos preparábamos á oír y juzgar al orador, como es natural en estudiantes de literatura. Cuando terminó el Sr. Díaz no nos quedó sino mayor amor á la Virgen del Rosario, y la convicción de que se predicador, aunque no fuera sacerdote, sería de los hombres que tienen pleno derecho á enseñar las más arduas virtudes.

* * Se iba acercando el día de San Rafael, que es el del Sr. Rector. El Dr. Julián Restrepo, nuestro Catedrático de Lógica y Antropología, nos sugirió la idea de mandar hacer el retrato del Dr. Carrasquilla, para ponerlo en la galería de los Rectores. ¿ Por qué, nos decía el Dr. Res-

trepo, se ha de esperar siempre en Colombia á que muera la gente para hacerle justicia? Además, si más tarde ha de venir el Dr. Carrasquilla á figurar aquí, mejor es que lo pinte *d'après nature* un artista como Santamaría, y no por alguna desteñida fotografía, algún emborronador que trabaje barato dentro de algunos años.

Aceptamos todos el pensamiento; Santamaría se prestó á hacer el cuadro, con verdadero entusiasmo. Faltaba conseguir que el Rector se resignara á dos cosas: á *poser* delante del artista por más de un mes, y á ver su imagen entre las de personajes eminentes que él juzga muy por encima de su mérito. El deseo de complacer á sus discípulos, lo allanó todo.

Entonces la Consiliatura alegó que es costumbre inmemorial que sea ella quien decrete y costee los retratos de los Rectores. Acá, como en Inglaterra, donde no hay leyes escritas sino costumbres, la invocación de lo tradicional, produjo efecto inmediato. Ni qué podíamos los pobres estudiantes contra la Corporación suprema del Colegio, la que hace y deshace, la que manda en el Rector mismo?

* * Del retrato, dijo el Sr. Dr. Hernando Holguín y Caro:

“En medio de apacible atmósfera, destácase la figura del Rector del Rosario, ostentando sobre los hombros la beca de los colegiales; recoge con la derecha mano la elegante capa de seda, que cubre la espalda; en la izquierda el bonete con borla verde, insignia del título doctoral, y sin más adorno que una reproducción, en pequeño, del escudo de familia, parece que, noble y esbelta, modesta en el mirar, enérgica en toda su expresión, la gran figura avanza.....”

Si osáramos añadir algo, diríamos que es imposible una composición más severamente clásica, con un colorido más atrevidamente moderno. Discípulos de Santo Tomás, aplaudimos este acertado consorcio de lo más excelente de las diversas escuelas:

Nova et vetera.

El retrato se colocó en el Aula Máxima la víspera del santo del Rector, y hubo para ello una fiesta íntima del Colegio. La dedicó el Sr. D. Jenaro Jiménez, en el discurso siguiente, correcto y elegante, como salido de la pluma del inteligente y docto sacerdote que hoy desempeña el cargo de Vicerrector:

Señor Rector

Los Superiores y alumnos venimos hoy á saludaros, mas no para cumplir la tradicional costumbre que prescribe la celebración de la fiesta del Rector, ni con la fórmula fría de que el discípulo se vale en presencia del maestro, que no gustáis de alardear autoridad, sino con el lenguaje no estudiado de las fiestas de familia y con la alegre expansión, propia de semejantes ocasiones.

Grandes son los sentimientos que á todos nos dominan, pero por su misma magnitud es imposible hacerlos conocer, que, en momentos de intenso regocijo, el hombre se halla mudo.

El acto literario que tengo la honra de ofreceros, en nombre del Colegio, no puede expresar, ni con mucho, el menor de nuestros votos; es una ocasión artificiosa para haceros una sincera confesión: la imposibilidad en que nos vemos de manifestar la gratitud y respeto de que estamos dulcemente penetrados.

Cómo no había de ser inmensa la gratitud del Claustro que con tanta razón puede llamaros su restaurador, su segundo fundador.

Salido este Colegio venerando, de manos de su fundador, lleno de vida, vio formarse á su sombra los hombres más ilustres que adornan las páginas de nuestra historia patria.

Por un lapso, breve por fortuna, si se compara con los doscientos cincuenta años que lleva el Colegio de existencia, sintió sin embargo, su alma aletargada, así como se encuentra la del hombre bajo la influencia de alguna penosa enfermedad; tenía como latente, sin poder ejercer sus facultades; casi podría decirse que fue la dolencia tan aguda que el alma voló al cielo; vio llegar el Fundador, el Protector invisible del Colegio, y con su poder intercesor obtuvo una resurrección. El Colegio alcanzó vida de nuevo, mas esto no era suficiente; el Sr. Torres pasea sus miradas por Colombia y en vos se detiene bondadosamente, os comunica

su espíritu, sus dones, su amor por el Colegio, y os hace venir como Rector.

Y vos, teniendo siempre presente el fin para que este alcázar de la sabiduría cristiana fue fundado, que, como dice el egregio Prelado, no es otro que sacar varones insignes, ilustradores de la República, con sus grandes letras y con los puestos que merecerán con ellas, y que sean el dechado del culto divino y de las buenas costumbres, habéis trabajado con celo infatigable por inculcar en los alumnos los principios de la más sana moral, regando en este campo preparado la semilla fecunda, que, esparcida luego por los ámbitos de la República, será el más eficaz remedio para salvar la sociedad en que vivimos de los males que la circundan.

Con inimitable palabra, y lo que es más aún, con el ejemplo, habéis enseñado el respeto á Dios, y á los hombres, que son imágenes de Dios, y á la propia dignidad. Y bien se deja ver que el hombre que con este triple respeto se conduce, será el mejor ciudadano, el más benéfico de todos, el insigne ilustrador de la República.

Quien acata á Dios y á sus leyes sacrosantas no puede menos de acatar de igual manera á las autoridades por Él constituidas, y obedecer las leyes de ambas potestades. Quien mira por los intereses del culto divino no podrá mirar con ojos menos rectos los de la República, ó pretender con innoble egoísmo posponerlos al interés particular.

Respeto, tanto más importante es éste, cuanto sin él las naciones se desquician, ya que se siembran odios y se engendran las revoluciones, enemigas natas de la vida de los pueblos.

Y si la Patria necesita de hombres rectos, abnegados, estrictos cumplidores del deber, ¿quién no ve que sólo con esta sapientísima doctrina se puede trabajar con éxito feliz para formarlos?

Además, alimentáis el entendimiento con la pura doctrina filosófica, espaciándolo suavemente por los hermosos campos que la mente puede recorrer, mostrándole los escollos que aquí ó allá pueden presentarse quizá cubiertos de brillantes matices.

Y ya que no es hacedero ofrecer á la voluntad el objeto infinitamente hermoso que la pudiera saciar cumplidamente, tomáis de la mano á los jóvenes más distinguidos por sus dotes intelectuales, les mostráis los lugares de la verdadera inspiración, y al mismo tiempo les hacéis saborear cuanto antiguos y modernos

han producido más ameno y deleitable. Desde elevada cima les hacéis contemplar el panorama de la huella de los divinos pasos, como llama un poético doctor y santo de la Iglesia al universo corpóreo, y de esas hechuras de Dios en que más ó menos claramente se reflejan las divinas perfecciones, los hacéis ascender, con vuelo seguro y reposado, á la fuente misma de la belleza.

Mas, á qué intento enaltecer vuestras labores, y con palabras que tal vez el viento desvanece, encomiar la noble misión educadora que el cielo os ha confiado?

Cuando esta república pequeña que ahora está encerrada entre paredes, y que es modelo de repúblicas cristianas, en donde desde el Rector hasta el estudiante de gramática obedecen las sabias constituciones que la rigen; en donde la santa libertad, que se funda en el mutuo respeto, procura una paz inalterable; en donde las modestas rentas son manejadas con sabia economía, con íntegra justicia, cuando esta república en pequeño se extiende por el hermoso suelo colombiano y produzca los frutos que hoy se encuentran en germen todavía, recibiréis con obras, mucho mejor que con palabras, la apología de vuestros nobilísimos esfuerzos.

La Patria, que es agradecida, elevará un monumento á vuestra memoria, tan duradero como el que hoy intentamos levantaros colocando vuestro retrato en el AULA MÁXIMA del Claustro, pero más público y solemne.

Allí irán á evocar grato recuerdo los amantes del arte literario; allí irán los futuros alumnos del Colegio á inspirarse en el amor á Dios y á la Virgen y á la Patria, á recoger el perfume de las virtudes que han de regar por dondequiera el colegial del Rosario y el patriota colombiano.

Entretanto, servíos aceptar estas manifestaciones espontáneas del Colegio, brote de admiración y de cariño.

Después el Dr. Restrepo dedicó, en nombre del Claustro, el retrato, en un sólido y bien pensado discurso.

A semejanza de lo que se hace en los banquetes, se dejaron los vinos más flojos para el fin. Después de los maestros, los discípulos. Angel María Sáenz nos regaló con un trozo de elegante prosa; Jorge Delgado con tres ro-

bustos sonetos, y terminó la fiesta con una silva de otro colegial, servidor de los lectores de estas líneas.

El Sr. General Rafael Reyes, Presidente de la República, invitado por los estudiantes y que se dignó honrarnos con su presencia, tomó la palabra, y en breve y calurosa improvisación hizo presente su cariño al Colegio del Rosario y su entusiasmo por levantar cada día más la educación. Las palabras del Jefe del Estado fueron recibidas con grande simpatía por los estudiantes. Pero tanto como el discurso, nos agradó el verlo, después de la fiesta, conversando en uno de los grupos que formamos los colegiales en el claustro.

Seguiremos en el próximo número.

RAFAEL ESCOBAR ROA

Colegial, Bachiller en Filosofía y Letras

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Diario de la Secretaría del Virreynato de Santa Fe, de Bogotá—No comprende mas que—Doce días—Pero no importa,—Que por la Uña se conoce el León;—Por la Jaula el Páxaro,—y por la hebra se saca el ovillo.—Año de 1783.

En una segunda portada el nombre del autor: FRANCISCO XAVIER CARO.

En la página final se advierte que se imprimió en Madrid, en la casa de Jaime Ratés Martín,—1904.—101 pp. 8.º menor.

Precede al opúsculo un prólogo de Francisco Viñals. Vaya una muestra:

“Ha resultado (la obra de Caro), gracias á la fina percepción de su autor, un estimable cuadro de costumbres oficinescas de las Secretarías de Indias, cuadro impregnado de franco realismo, no desprovisto de delicadeza, y tan bien hablado, que incita á la lectura y sostiene vivo el interés de la narración.”

D. Francisco Javier Caro, natural de la Isla de León, vino al Virreinato del Nuevo Reino de Granada, todavía mozo y ya con el cargo de Oficial Mayor de la Secretaría. Es el tronco de la familia y de la dinastía intelectual de los Caros, en nuestra Patria. Llevó diario toda su vida, en la espléndida letra que escribía. Muchos de sus escritos se han perdido; muchos quedan en poder de

distintas personas de su familia. Habría hecho bien el Sr. Viñals en indicar de dónde hubo el manuscrito que reprodujo por la imprenta.

Tratado elemental de Historia Patria, arreglado por FRANCISCO JAVIER VERGARA Y VELASCO, catedrático de la Asignatura en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Adoptado para texto de las Escuelas oficiales de la República por el Ministerio de Instrucción Pública, y para las de Cundinamarca por la Secretaría de Instrucción Pública del Departamento. 1905. Librería Americana. Bogotá, calle 14, números 97 y 99, pp. VIII + 168, 8.º

Tratado de Geografía escolar. La Tierra, las cinco partes del mundo. Colombia (Enseñanza elemental, media y superior). Arreglado por FRANCISCO JAVIER VERGARA Y VELASCO, Catedrático de la Asignatura en la Escuela Normal de Institutoras del Departamento. Adoptado para texto de las Escuelas oficiales de la República por el Ministerio de Instrucción Pública, y para las de Cundinamarca por la Secretaría de Instrucción Pública del Departamento. Bogotá. Imprenta Eléctrica, calle 10, número 168, pp. XVI + 286, 8.º

Ambos textos son claros, didácticos y acomodados á los últimos descubrimientos y métodos científicos.

República de Colombia. CHOICE READINGS. Nuevo Traductor inglés, por JOSÉ MIGUEL ROSALES. Segunda edición, corregida y aumentada con nuevas anotaciones y lecturas. Adoptado como texto en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en el Colegio de San Bartolomé y en los Colegios y Escuelas de los Hermanos Cristianos. Bogotá, Librería Americana, calle 14, números 97 y 99, 1904, pp. 216, 8.º.

El hecho de tener este libro por texto hace inútil otra recomendación de nuestra parte.

Nociones de Prosodia latina, arregladas para servir de texto en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, por MIGUEL ABADÍA MÉNDEZ, ex-Catedrático de la materia en el citado Colegio. Segunda edición, notablemente corregida y aumentada. Bogotá, Librería Americana, calle 14, números 77 y 79, 1903, pp. 157, 8.º.

Compendio de Aritmética para uso de los Colegios de Señoritas. Contiene, entre otras cosas, el método más fácil para resolver la Regla de Tres, la de Interés y la de Premios y Descuentos, por Lucindo Galvis. Bogotá, Escuela Tipográfica Salesiana, 1904, pp. 124, en 12.º

No vacilamos en recomendar, para el uso á que su autor lo destina, este librito del docto y veterano catedrático Sr. Galvis.

DECRETO LEGISLATIVO N.º 4 DE 1905

(9 DE ENERO)

sobre Prensa

El Presidente de la República

CONSIDERANDO

1.º Que en virtud del Decreto número 1045, de 29 de Diciembre de 1904, se halla turbado el orden público en los Departamentos de Cundinamarca y Santander;

2.º Que es deber del Poder Ejecutivo, de acuerdo con la Constitución Nacional, proteger en todo el territorio de la República la honra de las personas, la tranquilidad pública y el orden social contra los abusos de la Prensa;

3.º Que de conformidad con el artículo 38 de la misma Constitución, es obligación del Gobierno respetar y hacer respetar la Religión Católica, que es la de la Nación; y

4.º Que el Gobierno tiene el propósito inquebrantable de conservar la paz y de garantizar eficazmente los derechos de todas las personas residentes en Colombia,

DECRETA

Art. 1.º Declárase en vigencia la parte dispositiva del Decreto número 151, de 17 de Febrero de 1888, sobre Prensa, publicado en el *Diario Oficial* número 7,299.

Art. 2.º Cuando una publicación, ya sea periódica ó nó, asuma carácter subversivo, según el Decreto citado, la autoridad competente, además de las providencias que puede dictar, de acuerdo con los artículos 7.º y 9.º del mismo Decreto, castigará á los periodistas infractores de éste con multa de cincuenta á cien pesos en oro.

Art. 3.º En caso de reincidencia ó desobediencia, la autoridad decretará, además de las penas señaladas en los incisos 1.º y 2.º del artículo 8.º del Decreto citado, la clausura del respectivo establecimiento tipográfico.

Art. 4.º A todo dueño de periódico que haya de fundarse se le exigirá, bajo las mismas penas establecidas en el artículo 13 del citado Decreto, además de las condiciones á que dicha disposición se refiere, que solicite permiso de la primera autoridad política del lugar para llevar á efecto la publicación.

Art. 5.º El Jefe del Poder Ejecutivo y los Ministros del Despacho no están sujetos al procedimiento de censura de que trata el artículo 18 del mencionado Decreto; y sus rectificaciones ó aclaraciones serán publicadas en los términos de los artículos 14 y 15.

—Continúa—

CONFERENCIAS

SOBRE

HISTORIA DE LA LITERATURA PATRIA

Las dictará todos los sábados, del 1.º de Abril en adelante, en el Colegio del Rosario, el Sr. Catedrático

D. Antonio Gómez Restrepo

Á LAS SIETE Y MEDIA DE LA NOCHE

Los caballeros de fuera del Colegio que deseen asistir á ellas, pueden solicitar del Sr. Rector una boleta de entrada.

